*Alvaro San Félix**

**TESTAMENTOS Y
MORTUORIAS RE-
GISTRADOS EN EL
ASIEN TO DE SAN
LUIS DE OTAVALO
EN LOS SIGLOS XVI
Y XVII**

* Investigador Asociado del Instituto Otavaleño de Antropología

El abundante caudal de información que contiene el Fondo Documental de Notarías –libros protocolos de escrituras públicas–, no ha sido lo suficientemente aprovechado por los investigadores de la Historia local y diaria. Por eso el Instituto Otavaleño de Antropología, que posee en su Archivo Histórico Regional los documentos de las Notarías Primera y Segunda del cantón, se ha propuesto realizar investigaciones tendientes a descubrir las realidades del pasado que ayuden a comprender mejor nuestro presente. Entre estos propósitos está el trabajo que ahora presentamos, el mismo que analiza el material que contienen algunos testamentos y mortuorias de entre los años 1689 y 1851.

La investigación se efectuó siguiendo un orden temático ya establecido en los documentos, con referencia a lo legal, religioso, bienes y herederos, registrando lo sobresaliente y evitando la repetición de acápites permanentes sin fórmula de variación, tomando de ellos lo indispensable para subrayar leyes y costumbres de la época.

La referencia a las fuentes está dada con el nombre del testador, seguido por un número que remite al listado final, facilitando su ubicación en la Sección correspondiente del Archivo.

La ortografía de estas fuentes, inéditas, ha sido respetada, variando solamente la puntuación en donde se consideró necesario, para mayor comodidad de la lectura y el manejo de la documentación.

De los hombres y mujeres, de quienes no conocemos sus ocupaciones y oficios, por no haberlo certificado, solo nos permitimos deducirlas por lo que dejaron: herramientas, aperos, yuntas... ellos existieron hace más de doscientos años, pero, a lo largo de este trabajo, vuelven a confiar sus preocupaciones existenciales y a reafirmar su presencia, a pesar del tiempo; es como si los hubiéramos des-

pertado de su largo sueño, citándolos a testimoniar sobre su vida y su muerte.

Bíblicamente no les hemos ordenado: ¡Levántate y anda!, sino: ¡Levántate y habla!

Retornan a justificar su última voluntad, a desnudar la realidad de su pobreza, la creencia de su fe, el amor por sus hijos o el castigo que merecieran ¿por su altanería? En estos escritos está presente tanto lo menesteroso como la riqueza y la forma como la distribuyeron.

Al cumplir con ese propósito nos queda la satisfacción de haber contribuido al mayor conocimiento de una época, en lo referente a la muerte y la postrera sucesión de bienes. Estamos seguros que quienes lean este trabajo podrán ubicar con mayor precisión hechos que parecerían perdidos, y comprarlos con nuestra compulsiva vida actual, que no solo cambia nuestra existencia sino también trastoca nuestro final y sus consecuencias.

Dejo constancia de mi agradecimiento al profesor Juan Freile-Granizo por su acertada guía en la realización de esta investigación.

Quedan, pues, abiertas estas páginas con la invitación para que nos adentremos en ellas y descubramos algo del pasado con sus complejidades, sueños y realidades que se ubican cerca y dentro del sueño eterno.

Consideraciones iniciales

Los Testamentos existieron desde siempre hasta en los pueblos ágrafos, y en aquellos con escritura han quedado documentos antiquísimos que demuestran el papel insustituible que desempeñaron la forma como estuvieron escritos para su cumplimiento posterior. La donación de bienes a sus sucesores, allegados o institucionales, proviene de épocas remotas, tanto entre los griegos, los romanos, chinos e hindúes, verificando un hecho tan singular, como indispensable, en la relación familiar y social de los hombres con sus semejantes.

Es conocido que tanto enfermos, como viajeros o guerreros, antes de emprender dichas aventuras, acostumbraban redactar sus testamentos, adelantándose así a lo que habría o pudiera acontecer en las circunstancias que iban a emprender.

Las legislaciones de todos los pueblos señalan claras disposiciones sobre el tema, y aunque en infinidad de casos se tergiversaron hechos y se violaron normas, agenciados, por supuesto, por abogados hábiles, la verdad es que se reglamentó la sucesión de bienes, su correcta distribución y control según la última voluntad del testador, a pesar que no siempre se consiguió el propósito por unas u otras razones, al menos la ley trató de establecer los parámetros más sensatos y jurídicos para evitar abusos, robos o estafas.

En la España del siglo XV, tenemos una muestra de la costumbre de testar en las páginas finales del don Quijote de la Mancha, donde encontramos que el personaje inmortal al borde de la muerte, recobró el juicio y se dispuso a dictar su testamento:

Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del Testamento y ordenado su alma don Quijote con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegado a las mandas, dijo:

Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho

Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene que porque ha habido entre él y mi ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna...

Y más adelante añade:

Item, mando toda mi hacienda, a puerta cerrada, a Antonia Quijana, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi alma me ha servido, y más veinte ducados para un vestido... Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco, que estan presentes.

Fue así como don Alonso Quijano el Bueno, entró a la inmortalidad del más allá y de la literatura. Este modelo publicado en 1605, refleja las costumbres de la época y demuestra literariamente la manera como se procedía en casos similares. Los españoles de la

conquista trasvasaron el sistema a nuestros lares, y aquí se afincó y perduró por varios siglos, como lo veremos o lo intentaremos en el estudio realizado sobre estos Testamentos y Mortuorias del ya mencionado Fondo de las Notarías Primera y Segunda de Otavalo, que reposan, como se señaló, en el Archivo Histórico Regional del Instituto Otavaleño de Antropología.

Pero debemos aclarar que esta herencia cultural hispánica que hoy analizamos, no desconoce que en el mundo indígena, previo a la conquista europea, haya existido un método sucesorio con tales características específicas; pero éstas no han llegado a nosotros con la fuerza testimonial de la palabra escrita, la que en caso de habérsela practicado, no dejó vestigios creíbles, o, al menos permanecen hasta hoy, desconocidos.

El sistema hereditario dentro de la civilización indígena, debió establecerse en forma muy particular antes del dominio inca, ya que luego las reglas del juego impuestas por el conquistador sureño fueron radicalmente trastocadas. En las clases populares las normas debieron, cambiadas y desvirtuadas en sus formas originales, haber sido mucho menos complicadas, en

contraste a lo que sucedía entre las clases gobernantes, en las que el inca, rey o monarca, donaba todo el reino o imperio a sus herederos con toda su extensión geográfica, instituciones y habitantes; simplista y práctica forma de mantener tanto el poder como la dinastía, no siempre de sangre; pero aún así, la historia registra los problemas sucesorios que se originaron por el reparto no equitativo de territorios legítimos o no, en hijos legítimos o no; ingresando esto, desde luego, en el proceso ¿legal? de la mortuoria.

El presente estudio abarca varios matices referentes al tema señalado y pormenoriza la forma y fondo de los testamentos registrados en las fuentes notariales del cantón Otavalo, en un lapso que abarca los años entre 1689 y 1851, como se ha dicho ya.

Asuntos religiosos

Vale determinar, para mayor precisión, la definición legal de un Testamento: "Declaración que de su última voluntad hace una persona, disponiendo de bienes y de asuntos que le atañen para después de su muerte" (DRAE, 1970).

Tal como el Quijote señala, en un acto de tanta trascendencia era indispensable la presencia del escribano, funcionario que tenía y tiene a cargo la redacción de actos públicos que necesitan ser testimoniados por gente honrada, como testamentos, compra-ventas, poderes, cuentas, etc.

Ante los testigos presentes por solicitud del testamentario, el documento comienza indefectiblemente con los nombres propios del testador, quien casi siempre señala los de sus progenitores, como para centrar el punto de donde procede, y desde el cual va a dictar su última voluntad.

La Testamentaria o Mortuoria, naturalmente es posterior al Testamento, ya que "es la ejecución de lo dispuesto en el testamento; es la sucesión o caudal de ella durante el tiempo que transcurre desde la muerte del testador hasta que termina la liquidación y división", (DRAE, 1970). La acepción considera además que es "el juicio, de los llamados universales, para inventariar, conservar, liquidar y partir la herencia del testador" (op. cit.).

Estas disposiciones concretas facilitarán la exposición de los

documentos de los que nos vamos a servir en el presente estudio.

El profundo sentido religioso, el temor a lo desconocido antes de la muerte y el indiscutible manejo que ejerció siempre la Iglesia sobre el más allá, son evidentes en indefectibles párrafos iniciales de todos los testamentos de la época ya señalada.

La fórmula es siempre la misma, salvo algunos términos que no varían en su esencia, para determinar la relación Hombre-Dios; Creatura-Creador; Dependencia-Omnipotencia. Dejando establecida la filosofía de la existencia, lo que había significado para el ser su relación con la divinidad, dejando abierta la insegura posibilidad del perdón y el reconocimiento de sus virtudes.

Así, encontramos en el testamento de Miguel Andrade (1), año 1776, su demostración de fe: "En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero".

Antonio Ortiz (2) afirma en 1787:

Estando enfermo en cama del accidente que Dios, Nuestro Señor ha sido servido de darme, pero en mi entero sano juicio y entendimiento racional. Creyendo como firmemente creo en el alto y poderoso misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero y en todos los demás misterios que cree y confiesa Nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, bajo cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir y morir como católico y fiel cristiano y temiéndome de la muerte que es natural a toda viviente criatura a su hora incierta, para cuando llegue la mía quiero para descanso de mi conciencia estar prevenido y por ella ordenó este mi testamento...

Francisca Olmos (3), en 1815 puntualizaba:

Creo que la segunda persona de la Santísima Trinidad se encarnó en las purísimas entrañas de María Santísima, nació y quedó virgen, antes del parto, en el parto y des-

pués del parto, siempre virgen, no por obra de varón ni cosa humana, sino por obra del Espíritu Santo... el cual ha de venir el día del juicio a tomar cuenta a todos los hombres para lo que resucitaremos todos los hijos de Adán; creo que hay gloria para los buenos e infierno para los malos.

Si el temor, casi terror, existente tanto entonces como hoy, es connatural a todo ser viviente, hay que señalar que al menos la forma de manifestarlo en los testamentos ha variado fundamentalmente, debido a los vaivenes ideológicos, a la influencia posterior del liberalismo, a la educación laica y al avance de las teorías científicas que van separando al hombre de la divinidad, o al menos a una forma de la divinidad y sus manifestaciones. Si en algunos testamentos solo se nombra a Dios y a la Santísima Trinidad, en otros se amplía esa protección a la Santísima Madre de Dios, a los Apóstoles, Santos y devociones afines. Juan Mantilla (4) en 1830 advertía:

...poniendo por mi intercesora a la Reina de los Angeles, Madre de Dios, Nuestra Señora y demás cortesanos

del cielo y al Angel de mi Guarda y al Santo de mi nombre a que pongan mi alma en carrera de salvarse.

El presbítero Felipe Rosales (5) que falleció en 1818 firmó en su testamento que daba fe a:

Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y una esencia divina y en todo lo demás que cree, tiene y confiesa Nuestra Señora Madre Iglesia Católica Romana, poniendo por mi intercesora para la presencia de Dios a la Serenísima Reina de los Angeles, María Santísima, Madre de Nuestro Señor Jesucristo y abogados a los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, el Arcángel San Miguel y San Rafael Arcángel, también Angel de mi Guarda, Santo de mi nombre y a los demás Santos y Santas de la corte del cielo, hago y ordeno esta mi memoria de testamento...

La necesidad de asegurarse por todos los medios el derecho a ingresar al paraíso era manifiesta; no se quería dejar ninguna posibilidad de que por descuido o menos-

precio esto pudiera fallar; de allí, el señalamiento minucioso de los auspicios con que se aspiraba a contar en el balance final ante el tribunal de Dios. A ello se debe que Miguel Almeida (1), afirmara:

Encomiendo mi alma a Nuestro Señor Jesucristo que la redimió con su preciosa sangre y el cuerpo a la tierra de que fue formado, el cual mando sea enterrado en el lugar o indicación del pueblo en que muriese con moderada pompa y se me dirán dos o tres misas para el bien de mi alma”.

Las indicaciones sobre el número y distribución de las misas post mortem es un punto muy singular que veremos más adelante, para determinar uno de los medios directos de canjear el dinero por el bienestar celestial. El mencionado Miguel Almeida, para 1776, señalaba como era costumbre:

En el nombre de Dios Todopoderoso y de la gloriosísima Virgen Santa María, Madre de Dios y Señora Nuestra, concebida sin mancha, ni deuda de pecado original, desde el primer instante de su ser natural. Amén”.

Así también Antonio Ortiz (2) años más tarde, en 1787, puntualizaba:

Primeramente encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor que le crió de la nada a su imagen y semejanza y redimió con la sangre preciosa de Nuestro Señor Jesucristo y el cuerpo mandó a la tierra de que fue formado”.

También Pedro Andrade (5) acude a Jesucristo y le pide:

...me perdone todas mis culpas y lleve mi alma a gozar de su beatífica presencia; temeroso de la muerte que es tan natural y precisa a toda criatura humana, como incierta su hora, para estar prevenido con disposición cuando llegare resolver con maduro acuerdo y reflexión todo lo concerniente al descanso de mi conciencia y final voluntad, ordeno este mi testamento...”

La única referencia que encontramos al mal, al demonio o al maligno, la da Matías Aguirre (6) quien en 1792 clamaba a todos los Santos “para que me asistan ahora y siempre de las acechanzas del

común enemigo y alcancen de Dios Nuestro Señor, el perdón de mis pecados”.

La ausencia de nombres que señalan al diablo, enemigo malo o demonio, no deja de ser sintomática y algo sospechosa; pareciera que el solo dejar constancia de su nombre y por lo tanto de su presencia, manchaba e incomodaba al testador y su testamento. También se nota la falta de humildad ante los semejantes que convivieron con él; así como hay demostración extrema de sumisión ante la Divinidad, en cambio en ningún documento hemos encontrado una mención de solicitud de perdón a la mujer, hijos o parientes por los errores cometidos contra ellos durante su vida, ¿olvido? ¿comodidad? o simplemente no se creían obligados a pedir perdón por sus ofensas, ya que ellos a la vez se consideraban ofendidos por la muerte.

Resulta interesante que José Morales (7) dejara explícito su pensamiento en “Voy a declarar todo lo que conviene para la salvación, implorando el auxilio de la Santísima Trinidad...” Dando la impresión de que se cuidó de no declarar aquello que podía perjudicar su objetivo supremo: la salvación de su alma.

car su objetivo supremo: la salvación de su alma.

De todo lo expuesto hasta aquí, ante la luz que se filtra de viejos manuscritos autenticados, podemos aseverar que se consideró como acápite insustituible y formal en los testamentos, la invocación bien determinada e individualizada de los elementos constitutivos de la Divinidad y su relación con el género humano; del sometimiento final y su dependencia total ante el paso que el testador estaba ineludiblemente forzado a dar; a la vez que una vez llenada esta formalidad, el testamentario se sentía consolado, justificado y se acogía a la voluntad suprema ante el trono de Dios.

Servicios religiosos

Una vez acaecido el deceso todo quedaba en manos de herederos y albaceas, pero en la mayoría de los casos, estos solo debían seguir lo dispuesto por el difunto, el que para obviar dificultades y asegurarse que su voluntad se cumpliría, lo especificaba convenientemente. Antonio Oñate (8) pedía que:

El día de mi entierro quiero que se me diga una misa

cantada con su vigilia de cuerpo presente, si fuera hora competente o sino al otro día siguiente y para el funeral y entierro dejo una mula pequeña de silla, para que con ella me haga la caridad de hacerme el bien de decirme la misa cantada con su vigilia. Y por acompañamiento dejo cuatro varas de lienzo”.

Juan Mantilla (4) también aspiraba a que con su “cuerpo presente se diga misa cantada y vigilia con dos misas rezadas”. Por su parte Mariano Muriel (16), en 1830, declaraba para que constara que tenía tratado” con mi Párroco los derechos funerarios y la pompa designando para eso dos platos de plata con dos cubiertos y una totuma, todo nuevo”.

También en esto se hace notorio el poder económico; los pudientes pagaban con generosidad su velorio y entierro, los gastos ocasionados a la Iglesia y fábrica, andas y lutos, cantores, organista, sacristanes, sacerdotes, campanas, cera y sepultureros.

Otra forma de solventar los gastos fue la que optó doña Josefina Manosalvas (15) al declarar:

Dejo para mi entierro (si Dios me llevase de esta enfermedad) una paila de 52 libras para que se la entreguen al Rvdo. Padre Cura para que con su valor se paguen derechos parroquiales, acompañamiento, sepultura, cantores, cera y sacristanes, de suerte que como soy una pobre cargada de hijos y de cortas facultades... su Reverencia me haga esta obra de caridad”.

Jacinto Jara (12) señaló también: “se me diga una misa cantada con su vigilia de cuerpo presente y los demás sufragios por mi alma bajo la voluntad de mis albaceas”.

La auténtica preocupación por la salvación posterior queda demostrada por la abundancia de misas que los difuntos esperan escuchar para asegurar su parte de paraíso; así como también los montos que recibía la Iglesia por este constante concepto. En el testamento de María Cutucuamba, muerta en 1848, se encuentra su voluntad:

Declaro que las misas a San Gregorio que tiene darlas mi hijo Pablo, las 33 primeras las pague al señor Cura de

esta parroquia y las otras 33 las pague al señor doctor Javier de la Guerra, y ésto a la mayor brevedad que mis albaceas exigirán con la mayor puntualidad.

Aquí al temor se añade la prisa con que debían realizarse las numerosas misas; pero doña María añade además: “Que mis albaceas manden decir cuatro misas rezadas, la una a mi Señora de las Mercedes, a mi Señora Santa Ana, al Señor de Pomasqui, a mi Señora del Quinche, lo que cumplirán exactamente”.

“Dejo la tercera parte de la cuadra del Cardón, —declaraba Rosa Jaramillo (32) en 1851— a mi sobrina Benigna Almeida bajo la condición de que ponga una vela al Señor de la Portería todos los viernes, por haberla criado desde su infancia”.

La crianza de parientes menores de edad, niños abandonados o entregados voluntariamente fueron frecuentes, y constancia de ello lo tenemos en el texto firmado por Vicente Hidalgo (18) en 1810.

He criado de edad de un año a esta parte a Tiburcio Hidalgo, quien por lo mucho

que lo he querido, y tal cual servicio le dejo un caballo butardo (de color especial), ensillado y enfrenado con todo el aderezo de cabalgar... más una potranca de las dos que debe Manuel Portillo”.

Otro caso especial lo dejó en Otavalo, doña Casimira Bolaños (13), quien a más de declarar su absoluta pobreza, situación certificada por los testigos, considerados así por su “ciencia, conciencia y verdad”, afirman: “Conocer a la testadora, y que se haya en su entero y cabal juicio, según las palabras que habló al dirigir este testamento, no firmó porque dijo no saber”. Casimira ante su notoria insolvencia decide:

Repartir a sus hijos a las personas piadosas que le han hecho la gracia de admitir, en las que descarga su conciencia, y les ruega y encarga que por el amor a Dios que los miren como a unos infelices huérfanos, con todos los sentimientos de humanidad y religión... La Margarita y Manuelito los dejo a la ciudadana Catalina Bastidas; y a María le dejo a mi yerno Gregorio Toro,

descargándole en ellos toda mi conciencia en este artículo de muerte en que me hallo”.

Todas las recomendaciones a los que quedaban vivos, tenían en otros casos algo de advertencia y amenaza; así lo demuestra el Presbítero Felipe Rosales (22), quien finaliza su testamento al decir:

Nombro y elijo por mi albacea testamentario a don Luis Rea, a quien ruego, suplico y encargo cumpla con las disposiciones que ordeno y el comunicado que le tengo hecho, para que otro tanto hagan por él cuando se halle en la hora de la muerte.

De esa manera tranquilizaba sus últimos momentos, seguro de que su albacea cumpliría con los encargos so pena de que al no hacerlo tampoco a él le cumplirían lo ofrecido en el momento final.

Por su parte Vicente Hidalgo (18) afirma que “deja doce arrobas de trigo y 44 pesos que me debe Dionisio Arévalo para que le den al Párroco para que me digan otras tantas misas en el altar del

Señor Crucificado en beneficio de mi alma”.

En cambio Jacinto de Lara (12), vecino de Cayambe en 1805 señaló: “Para mi funeral y entierro dejo un caballo tordillo y 10 pesos, y en defecto del tordillo dejo un bayo”. El caso de mayor capacidad económica y de autogenerosidad lo marcó Josefa Sáenz de Viteri (20), quien ordenó: “Celebrar por mi alma 200 misas, si el residuo de mis bienes alcanza a pagarlas, después de cumplidas mis mandas y legados”.

Juan Mantilla (4) especificó en su última voluntad que dejaba a su hija Agustina Valle, un “glorioso San Antonio con su deadema de plata y azucena de plata; una imagen de la Natividad de Nuestra Señora, y un crucifijo del Señor de las Angustias”, para que mande a decir a todas tres efigies tres misas hasta el tiempo de diez años.

Todo objeto, valor o inmueble servía para este fin *post mortem*, lo prueba también el que Vicente Hidalgo (18) dejara una recua de doce mulas para que, con el interés que produjeran en sus viajes, “sirviera para otras tantas misas anuales por el bien de su alma, la de mis mujeres, y más deudos”.

Pero iba mucho más allá al dejar junto a sus recuas, como otra de sus propiedades, “que con el mismo fin quedan tres peones conciertos y adeudados para el cuidado de dichas mulas”. Las donaciones de esta especie, de seres humanos como semovientes, la ampliaremos más adelante con mayores datos.

Otro de los rubros considerados en las donaciones eran las imágenes, pertenencias del culto o haberes de Cofradías que pertenecían a quienes las administraban y que, al final, quedaban entre sus pertenencias y por lo tanto eran donados a voluntad. José Morales (7) que fuera Síndico de la Cofradía del Señor de las Angustias, declara haberle comprado a su antecesor Cristóbal Jaramillo:

En cantidad crecida todos los parámetros que había tenido para su culto; a más de esto he gastado bastantes pesos en adecentarlo, y así el que quisiera entrar a dicho servicio pague a mis herederos lo que consta de los documentos que quedan en poder de mi albacea.

Surgen en este específico caso las preguntas de ¿en qué consistía la ventaja de ser Síndico si

invertían dinero, tiempo y trabajo en mantener capilla, altar, fiestas, procesiones, etc., en cambio obtenían posición social, administración de fondos, prestigio religioso; de otra manera no se explica tanta devoción, la misma que podía ser finalmente vendida a mejores y nuevos postores, como lo demuestra el documento citado.

Las imágenes más veneradas poseían disímiles propiedades de diferente índole, desde esclavos hasta bestias; así lo certifica el testamento del presbítero Felipe Rosales (22) quien testó en Tumbabiro en 1817 al declarar: “Que la burra vieja es perteneciente a Nuestra Señora de los Dolores, esa sola cabeza me la entregaron y la ha mantenido con el mayor cuidado”. Seguidamente añade otro acápite interesante y sugerente “que cobrando las dependencias del pueblo se le den 100 pesos a Nuestra Señora de los Dolores para que compren cera de Castilla, entregándoselos al Síndico que fuere menos al cura de ningún modo”.

Felipe Rosales (22) declara en Tumbabiro a su vez que: “queda la burra de Nuestra Señora con su cría que aunque ha dado algunas tres, se han robado y uno que he vendido para su fiesta”; de la mis-

ma manera decide que una imagen de Nuestra Señora del Rosario, que le compró la entregue su albacea a la iglesia de Tumbabiro para el adorno del templo.

Así como se dejaban mulares también se donaba otros objetos, tal como lo hizo María de los Dolores Aldana (23) en 1842:

Dejo dos alfombras, una grande y otra pequeña, las que mando a mi albacea los entregue a la iglesia de Santo Domingo (Ibarra) para el altar de la Santísima Trinidad la grande, y la pequeña para el altar de nuestro amo.

Funerales y entierros

Si en realidad los que iban a morir no dejaban de cumplir con la fórmula religiosa, tampoco descuidaban estipular las condiciones específicas que debía tener el lugar de su descanso final; señalaban con cierto detalle su última voluntad y confiaban a sus albaceas la ejecución de la misma, así tenemos que si algunos pedían ser enterrados dentro de la iglesia, bajo determinado altar, otros se contentaban con un sitio en el camposanto; desde luego eso marcaba la situación económica del difunto.

Antonia de Oñate (8) en 1780, declaraba “que cuando la voluntad de Dios Nuestro Señor fuere servido de llevarme de esta presente vida a la otra, quiero que mi cuerpo sea sepultado en la iglesia de este pueblo de Cotacachi”. Paradójicamente, en Otavalo, Casimira Bolaños (13) a pesar de declararse pobre de solemnidad pidió ser sepultada “en la iglesia de mi parroquia”. Antonio Ortiz (2) lo hace así:

Cuando la divina majestad fuere servido de llevarme de esta presente vida a la eterna, mi cuerpo cadáver sea amortajado con el hábito y fuese de la voluntad de mi albacea y sepultado en la iglesia que dispusiese.

Si Juan Mantilla (4) señala “quiero que mi cuerpo sea sepultado onde quiera mi cura párroco, y para esto pido al señor Cura me sepulte en el corredor para cuyo efecto dejo doce pesos fuera de los seis de derechos”, en cambio el presbítero Rafael Maya pidió en 1840 que se lo enterrara al pie de la cruz del cementerio.

A estas preocupaciones hay que añadir las que se referían a la mortaja, la que no siempre se defi-

nía muy bien. Gregorio Quinteros Ruiz (9) indicaba: “Es mi voluntad que luego que Dios sea servido separar la alma de mi cuerpo, sea enterrado éste en el cementerio, al pie de la cruz... amortajado mi cuerpo con el hábito de mi Padre San Francisco”. Igual pedido hizo José de Vinuesa Villamarín (21) quien pidió “ser sepultado (si la muerte me cogiese en este asiento), en el altar de Nuestro Padre San José que existe en la iglesia de San Luis de este Asiento y amortajado con el hábito de mi Padre San Francisco”.

José Mármol de la Torre (10) pidió ser “sepultado en la iglesia de este pueblo de San Juan Bautista de Tabacundo y amortajado con una sábana por ser humilde”. Por su parte, Matías Aguirre (6) aspira a que sus albaceas y herederos depositen su “cuerpo difunto para que descansa en la tierra donde fui formado en la iglesia de la Pura y Limpia Concepción de este pueblo, delante del altar de Nuestra Señora de los Dolores”.

Manuel León Arias (11) en 1825 solicitaba ser “sepultado dentro de la iglesia; para mi funeral y entierro dejo un buey y un caballo para que se vendan”; más específico y exigente fue Jacinto Jara (12)

quien señaló: “Para mi funeral y entierro dejo un caballo tordillo y diez pesos, para que mi Cura lleve mi cuerpo con cruz alta, capa de coro y doble de campanas”; contrastando completamente con la voluntad de Luisa Ortiz y Vargas (19) quien al declararse muy pobre dejaba su funeral “a la voluntad de mi albacea que deberá sujetarse a la pobreza en que he sido constituida”.

Todo esto, como ya señalamos, demuestra la calidad social y las posibilidades económicas de los fallecidos, dejándonos suponer que los albaceas habrán cumplido con las postreras voluntades así expresadas.

José Morales (7) pidió “ser sepultado al pie del altar del Señor de Angustias con licencia del Señor Párroco de Forasteros pagados los derechos conforme al Sínodo”. Los Párrocos de Forasteros eran curas encargados de los actos litúrgicos de feligreses que habitualmente no residían en el pueblo, y por tanto no se los consideraba integrantes del mismo.

Como vemos, el hecho trascendental de morir, implicaba además del acto físico, una cantidad de condicionamientos religiosos,

sociales y económicos, que ningún mortal dejaba de cumplir. Para ello hacían constar como necesario el hecho de su estado mental para que lo ordenado no ofreciera duda ni fuera motivo de reclamo ni suspicacia. Doña Francisca Olmos (3) señala firmemente:

Sean cuantos vieren esta mi memoria de testamento y postrinera voluntad estando como estoy entera y sana de mi juicio, razón y sin prevaricación alguna de mis potencias ni sentido, sino solo de enfermedad y accidente, que Dios Nuestro Señor se ha servido darme.

El término "accidente" es utilizado casi sin variantes en estos documentos, notándose la ausencia de otros como enfermedad, víctima de ataque criminal o crónicas dolencias; todo se reduce a "accidente" como generalizador del mal que producía el deceso. José Mármol de la Torre (10) si puntualiza, "estando en cama, enfermo con la orina natural atrancada"; también Susana Figueroa (14) lo hace frente a "la enfermedad que Dios Nuestro Señor se ha servido darme..."

Josefina Manosalvas (15), vecina de San Pablo, en 1811 declara que a pesar de sufrir un "accidente" estaba "en mi entero juicio, memoria, entendimiento y voluntad". Al puntualizar este elemento de sanidad mental, quedaba establecido que nada de lo decidido podría ser discutido posteriormente si el donante estaba en plenitud, como siempre lo había estado, de sus poderes mentales, lo que en cierta forma no sucedió con el caballero de la triste figura, quien en su postrer momento dijo: "Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui Don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno".

Mandas forzosas

Otro de los elementos infaltables en todo testamento, fue el señalamiento de lo donado en dinero para el adelantamiento de las causas de Beatificación o Santificación de ciertas almas piadosas que estaban camino a los altares, las que se denominaban Mandas Forzosas; estas también estaban destinadas a obras pías con fines específicos que administraba la Iglesia, por lo que se encuentran acápite como estos:

Antonio Ortiz (2) declaraba: Es mi voluntad que de mis bienes y por una vez se den limosna a las mandas forzosas y acostumbradas a medio real cada una; un real a la Cofradía del Santísimo Sacramento y otro real a las Casas Santas de Jerusalén, en donde Cristo obró nuestra redención.

Josefa Sáenz de Viteri (20) deja a la Venerable Mariana de Jesús, un peso para su canonización. También José López (24) donó un real por una sola vez para la canonización del Venerable Palafox, y Venerables Mariana de Jesús y sor Sebastiana de Casio. Lo mismo hizo Manuela Cáceres (25), quien dejó sus reales para la Santa Casa de Jerusalén; redención de cautivos cristianos y la beatificación de Mariana de Jesús.

El aportar económicamente al rescate de los cautivos del turco, en su intento por librar el santo sepulcro de las manos de infieles, fue una práctica muy difundida en el mundo cristiano durante varios siglos. Su piadoso fin conmovió todas las conciencias, obligadas o no, a pesar de la distancia geográfica, a contribuir a su libertad; lo

que jamás se conoció fue si ese dinero recogido por numerosos eclesiásticos intermediarios llegó completo a donde debía llegar, y si cumplió con su noble cometido, ya que los caudales recaudados fueron notables tanto para los prisioneros como para la entonces Venerable Mariana de Jesús, la que fue beatificada en 1853, y solo en 1950, Pío XII la elevó a los altares como Santa. Tampoco en el caso de nuestra consagrada quiteña se conocerá cuántas donaciones real a real fueron recogidas por concepto de mandas forzosas, entregadas por infinidad de almas piadosas que tocaban las puertas de la eternidad.

Además de esta práctica obligatoria para todo moribundo, este colaboraba con la noble causa y ganaba una intercesora poderosa en el cielo, aunque también hubo seres como Miguel Almeida (1), quien apesadumbrado declaró: "Si acaso pudiera dar algo para las obras pías, se podrá dar medio real"; o el deseo de Josefa Sáenz de Viteri (20) que fue más allá en su obra social al ordenar: "Es mi voluntad que después de mis días se les de a siete pobres doncellas a cada una un folloncito y un rebocito de bayeta ordinaria".

También hubo casos en que el servicio social fue más amplio y directo; María de los Reyes Aldana (23) señaló: "Declaro y mando a mi albacea dé al Señor Juan Albán 25 pesos para que los emplee en la fábrica de la escuela y Casa de Ejercicios".

Lo familiar

Son los testamentos documentos en que se refleja sería y sin sutrefugios el funcionamiento de la sociedad en sus últimas consecuencias; testimonios ante la muerte en que todos se sienten obligados a decir la verdad; por eso comienzan señalando los nombres de sus progenitores, para más adelante declarar su situación y relaciones familiares, por lo que muchos afirmaban las evidencias:

Declaro que fui casada y velada —decía Antonia de Oñate— (8), según orden de Nuestra Santa Madre Iglesia Romana, con Miguel Almeida y durante el matrimonio declaro no haber tenido hijo heredero.

Declaro que cuando me casé no traje nada de bienes a mi poder dicho mi marido, no fue más que un hombre des-

calzo con el capisayo al hombro, y dicho mi marido se vistió con lo que mi padre Miguel de Oñate le dio de lo que era suyo, de sus bienes propios de dicho mi padre.

Además de la fuerza del amor que trasunta la declaración, ha quedado el testimonio de una dura realidad: la pobreza y desnudez del hombre que solo se cubría con un capisayo, especie de capita abierta en la parte delantera, conjunción de capa y sayo usados en la época.

El cumplimiento de la disposición eclesiástica de ser "velado y casado" consta casi siempre en quienes podían afirmarlo; el rito consistía en someterse a uno de los sacramentos, en haber estado unido con el futuro cónyuge por un lazo ritual o vínculo que se les colocaba sobre los hombros de los contrayentes. Lo "velado" consistía en una acción previa al matrimonio en sí; los novios se situaban frente al altar y sosteniendo sendas velas realizaban un contrato de esponsales, compromiso que luego sería ratificado en la ceremonia propiamente dicha, a la que también antecedían las tres proclamas que en las misas anunciaba el sacerdote para presentar reclamos contra los

novios, en caso de existir. Esta disposición que ha desaparecido en parte en los matrimonios mestizos, persiste todavía en los indígenas.

Vicente Hidalgo (18) muerto en 1810, constituye un caso único entre los documentos que hemos estudiado. Ya que denuncia un antecedente doloroso, al afirmar ser: "Hijo de padres desconocidos, expuesto a las puertas de doña Isabel Puebla, quien me crió con la educación cristiana y alimento correspondiente".

Los casos de abandono de niños recién nacidos, que parece haber sido frecuente en las ciudades no lo fue en los pueblos pequeños; por eso lo señalamos como único, pero Hidalgo puntualiza luego:

Declaro que fui casado y velado según orden de Nuestra Santa Madre Iglesia Católica, en primeras nupcias con Felipa Rodríguez, y durante nuestro matrimonio tuvimos y procreamos dos hijas, las que sobrevivieron algunos años después del fallecimiento de dicha mi mujer y murieron ambas sin dejar sucesor alguno.

En lo referente a bienes aportados o adquiridos durante el matrimonio fueron muy puntillosos en señalarlos; Luisa Ortiz y Vargas (19) afirma: "Mi marido no metió al matrimonio capital, ni yo dote alguno"; más adelante volverá a afirmar: "Declaro que durante el matrimonio con Manuel Dávila y Jaramillo, no hemos adquirido bienes algunos, y hemos vivido constituidos a una suma indigencia".

Por su parte José Mármol de la Torre (10) afirmaba: "Al matrimonio entré con una yunta de bueyes y tres mulas, digo dos mulas y un caballo de silla". Todo debía quedar muy especificado para evitar confusiones y para certificar la posesión de lo propio; y así como se puntualizaba la pobreza, se hacía elogio a la honradez al declarar José Cevallos (26) que su mujer, Juana Sánchez, había aportado al matrimonio:

Un tercio de trigo con un valor de 14 reales;
Una saquilla de papas: 2 pesos;
Una pollina vendida en 20 reales;
Un escritorio cambiado por 4 varas de vayeta de la tierra: 4 reales vara;
Un sombrero cobrado a Simón Mora, vendido en 12 reales;

Otro sombrero vendido en 10 reales.

Y si Juana Sánchez aportó con lo señalado, en cambio su marido José Cevallos, declara: "De mi parte no he entrado nada a mi matrimonio".

Una vez establecido los aportes de cada cónyuge se podía cuantificar lo adquirido posteriormente y su debida distribución entre los herederos. La dote era una condición establecida desde muy antiguo en España y que fue trasladada a América; consistía en el dinero o bienes que por escrito daban los padres de la novia como contribución al matrimonio. Ese dinero, por lo general, no era invertido, ya que servía para que la mujer pudiera mantener el hogar si el marido resultaba irresponsable. Desde luego este requisito no siempre se respetaba, ya que existen documentos en que la esposa se queja de que su dote fue dilapidada por su marido, dejándola a ella y su familia en la indigencia.

Hereditarios y desheredados

Los testadores cuidaron de precisar el número y nombre de sus hijos habidos en matrimonio o fuera de él, con el objeto de definir

la parte que les correspondía del legado. Vicente Hidalgo (18), declaró: "Al presente soy casado y velado de segundas nupcias con doña Mariana Suárez de Puga, y durante dicho matrimonio tuvimos y procreamos una hija la cual murió al siguiente día en que nació".

Nos llama la atención las repetidas referencias que han quedado sobre la alta tasa de mortalidad infantil que afectaba la época. Matías Aguirre (29), casado en segundas nupcias con María Arias, declaró en 1792:

Durante mi matrimonio procreamos por nuestros hijos legítimos llamados Matías y Tomasa Aguirre que son dos los que murieron en su menor edad.

También Vicente Portillo (30) en 1811 nos dejó su testimonio al estar "casado en primer matrimonio con doña Ventura Herrera el tiempo de 30 años y tuvimos doce hijos, de éstos se hayan muerto los seis, todos de menor edad". María de los Reyes Aldana (23) señala también la muerte de sus hijos pequeños, algunos sin alcanzar el bautizo; y también el Notario Público del Asiento de Otavalo, Baltazar Rodríguez (36), declaró en

enero de 1821 que tuvo ocho hijos, de los cuales cinco murieron de tierna edad.

Son muchos los testamentos que registran este hecho mortal, dejándonos meditar que los menores morían por algunas enfermedades endémicas o epidémicas como la viruela, sarampión o diarrea; además la falta de higiene y el poco adelanto de la medicina, incidía poderosamente en este fenómeno.

Dentro de la cuidadosa indicación del origen de los hijos, salta a la vista lo que certificó María Jacinta Espinosa (31) en 1807: "Declaro que en el tiempo del matrimonio tuve y adquirí dos hijos nombrados Ventura y José Espinosa, hijos de culpa". Estos hijos concebidos fuera de la legalidad fueron calificados de diversas maneras: como hijos de culpa, adulterinos, naturales, bastardos, etc. lo que los estigmatizaba frente a sí mismo, la sociedad y la ley.

Es posible que dentro de esos "hijos de culpa" fueran incluidos los numerosos que tuvo Nicolasa de la Guerra (28), la que en el Otavalo de 1825, dijo:

Declaro que en tiempo de mi soltería adquirí siete hijos

(a los que nombra) ...después de haber adquirido estos hijos tomé el estado santo del matrimonio con Diego Espinosa de quien son todos mis hijos y a los cuales los declaro por tales mis hijos y del dicho mi marido.

Un caso sui generis que demuestra como un hogar formado por Nicolasa y Diego vivieron en "pecado" muchos años y solo sus hijos fueron redimidos de la "culpa" cuando sus padres finalmente decidieron someterse al matrimonio.

El alto número que registran las crónicas, testamentos y referencias sobre la existencia de estos hijos, testifican la verdad de que en todo tiempo se cuecen habas, y que el júbilo de la carne fue, como hoy, urgente y despreocupado.

Si se ha hecho lugar común repetir que "todo tiempo pasado fue mejor", el aforismo además de contener mucho de verdad, presenta algunas resquebrajaduras en lo que atañe a las relaciones familiares. El irrespeto brutal de hijos contra sus padres se presentaba de manera esporádica, pero al quedar escritas en los documentos que citamos, demuestran su agresiva pre-

sencia y su castigo consecuente; veamos como en 1818, Rosa Guzmán (27), acusaba:

Declaro que mi hija Juana fue mujer legítima de Juan Tupisa, la que antes de tener un hijo me perdió el respeto dándome de bofetadas junto a su marido Juan, por este hecho, en ese mismo momento la desheredé.

También Nicolasa de la Guerra (28), muerta en Otavalo en 1825, determinaba algo parecido:

Declaro que mi hijo Lorenzo está eximido de poder heredar, ni después de mis días ni incomodar a los demás mis hijos, porque éstos han sido obedientes y jamás me han perdido el respeto faltando al amor filial; lo que el dicho Lorenzo me ha faltado con los deberes de hijo, poniéndome manos violentas más de cuatro veces. Esto he comunicado a mi confesor y me ha preceptuado que no debo darle un cuadrante por haber perdido derecho.

Otros motivos también podían ocasionar determinaciones se-

mejantes, como lo consideró José de Vinuesa y Villamarin (21), quien categóricamente afirmó: "Desheredero de mis bienes a mi hijo José María por el violento casamiento que hizo estando constituido en **menoridad** con arreglo a las nuevas Pragmáticas de su Majestad". El desobedecer la patria potestad al no haber salido de la minoría de edad fue la causa, como en otros muchos casos, de esta tajante determinación paterna.

Como vemos, estos hechos eran excepcionales pero sucedían ante el asombro de los padres y el repudio de los vecinos, y desde luego, el castigo quedaba registrado como un estigma para el agresor. Podemos imaginar el rechazo que sufrirían estos hijos protervos ante la sociedad de la época tan respetuosa del amor y la dignidad de los padres; quedaban signados por el dedo de Dios, y así debieron continuar y consumir sus vidas, posiblemente entre la vergüenza y el arrepentimiento.

Lo legal

Todo documento público debía ser y actualmente lo es, notariado, autenticado, firmado y testificado; esta meticulosidad fue heredada metafóricamente de nues-

tros bisabuelos romanos, nuestros abuelos españoles y nuestros padres lo siguieron practicando escrupulosamente; todo debía estar escrito, firmado y rubricado para que tuviera validez; y en lo referente a testamentos y mortuorias el caso lo ameritaba en exceso.

Como hemos visto, el testador debía declarar quién era, de que progenitores provenía y sobre todo que estaba en pleno uso de sus facultades mentales; una vez certificadas estas condiciones se podía proceder a notariar el documento delante de testigos idóneos; debía también nombrar albacea y determinar minuciosamente sus bienes y a quienes estaban destinados.

Para la tasación y partición se cobraba por viajes de los Alguaciles, pregonar al asesor de la causa, por lectura (según número de páginas y por la sentencia); por citaciones, entregar boletas, por los días que duraba el remate, por certificados, papel sellado para actas, pago al tasador y curador, más los seis reales que el escribano recibía por redactar el testamento.

Todo debía quedar dentro del procedimiento señalado por las leyes y la tradición; lo que no im-

pedía que el documento pudiera ser modificado totalmente o a través de codicilos, estos últimos no podían ser secretos y contener a la vez una o más cláusulas aclaratorias hechas ante notario y testigos.

Era frecuente encontrar al final del testamento textos como este:

Revoco y anulo otros y cualquier testamento, codicilos, poderes para testar y cualquier disposición que los haya hecho antes de este escrito o de palabra.

Luisa Ortiz y Vargas (19) fue más clara en 1821, al determinar:

Revoco y anulo y doy por ninguna y de ningún valor ni efecto todos y cualquiera testamentos, codicilos y memorias que haya hecho, poderes que haya dado para testar por escrito o de palabra antes de éste para que no valgan ni hagan fe en juicio ni fuera de él y solamente éste que al presente otorgo.

Según la ley de Castilla se estipulaba que la madre, en casos de naturaleza especial, solo dejara

el quinto del monto de sus bienes a los hijos "bastardos o ilegítimos de cualquier calidad que sean". En general las leyes que sobre derecho sucesorio funcionaron entonces, debieron ser extensas y hasta complicadas, pero los testamentos y mortuorias de la zona del Asiento de Otavalo, nos permiten vislumbrar su funcionamiento, aplicación práctica y efectos.

Las testamentarías contenían al detalle la descripción de casas, terrenos, objetos, puertas, pilares, azotea, barandas, chapas, candados, aldabones, etc. Las prendas de vestir llevan las características de su color y calidad, servicio de mesa, muebles, herramientas, objetos de cocina, así como las alhajas de oro y plata, las imágenes religiosas; y entre los inmuebles los alfalfares, sementeras de maíz, lenteja o cebada; así como el ganado con sus características: yeguas, caballos, mulas, ovejas y cerdos. Algunas veces los testamentos incluían listados aparte sobre bienes menores, que se incluían al cuerpo central del documento.

Posteriormente y según el artículo 22 de la Ley de Procedimiento Civil y con arreglo al Arancel de la República, el escribano

cobraba por autos, aceptaciones, tasación, remate, lectura de la testamentaría, sentencias y asistencia al remate, viajes, copias y anotaciones, papel sellado, pregones y deprecatorios.

Fue costumbre que los albaceas dispusieran para cumplir con su misión de un término fijado de "un año, un día", pero este plazo podía ser prorrogado hasta que fuera necesario.

Gastos de velorio

Comparando los tiempos y los gastos que hubo que hacer para atender los duelos con los actuales, comprendemos que siempre ha sido una erogación fuerte que resentía cualquier economía. Los gastos que ocasionó el entierro de José de Vinuesa y Villamarín (21) han quedado como una muestra de su estructura:

Derechos	25 pesos
Acompañamiento	3 pesos
Mortaja	8 pesos
Sepultura y cera	8 pesos
Misas de cuerpo presente	4 pesos
Música y cantores	2,2 reales
Ataúd y luto	2,6 reales
Esmaltico, doble de campanas	2,2 reales

Otro detalle de este tipo de gastos lo encontramos en el entierro de Antonio Jaramillo (38) falle-

cido en 1845, demostrándonos la pompa en que se realizó:

Seis varas de Chamelote azul para la mortaja	1 peso, 7 reales
Al sastre que lo cosió y alquiler de la anda	1 peso 2 reales
Cuatro ceras para velar el cuerpo	1 peso
Al Padre Guardián por labendición de la mortaja, responsos por dos días y asistencia al entierro con la Comunidad, y un peso por la cuerda para amortajarlo	11 pesos
Cinco y media varas de coleta negra para el forro del ataúd	1 peso
Dos tablas para el ataúd, dos reales de clavos y un peso por la hechura	2 pesos
Al Síndico por la fábrica, sepultura, alquiler de trastes, tumba y ceras. Pormisa cantada y vigilia	11.4 pesos
Ceras	5 reales
Bula	2 reales
Toca y cinta	4 reales
Botella de vino para misa	5 reales
Dos piezas de reata para ataúd	4 reales
Chicha para los indios y aguardiente	1 peso
Para músicos por la vigilia y misa cantada	3.4 reales
Para duelo de las criadas	6 reales
Al Coadjutor y Diáconos por acompañamiento y pasada de cuerpo	2 pesos
A otros Diáconos de la vigilia y misa cantada	1 peso
Al maestro de capilla por el órgano y sus medios derechos por no haber cantado él	1 peso
Alquiler y mesura de cera de Castilla para la pasada del cuerpo	2 pesos
Ceras para la pasada del cuerpo y velada en la iglesia y la misa	1 peso
Al sacristán por los dobles y composición de la tumba	1 peso
Derechos	20 pesos
Diez misas cantadas	1 peso

También los gastos de cocina en las dos noches en que velaron a Rosa Gómez (39) nos dan pistas de cómo se atendía a los asistentes y cuanto costó la atención:

Primera noche:

Pieza de carne de puerco	1 peso, medio real
Dulce	2 pesos
Harina de arveja	1 peso, medio real
Manteca, sal, cebolla, ají	1 peso, medio real
Leña, achiote, huevos	1 peso, medio real
Velas	medio real

Segunda noche:

Una pierna de puerco y un lomo	3 pesos
Pusún	1 real
Harina de arveja	1 peso, medio real
Manteca y orma de sal	medio real
Morocho	dos reales
Cuy	tres reales
Para la curadora que atendió a la difunta en su enfermedad	4 pesos, medio real
Leña, manteca, ají, harina de arveja	4 pesos
Gastos de cocina	cinco reales
Seis limetas de aguardiente para el velorio y entierro	siete pesos, medio real

La mortuoria de Eusebio Erazo (40) tiene fecha 1808 y en ella encontramos los gastos pagados en su entierro:

Derechos al cura Dr. Basilio Rivadeneira	25 pesos
Sepultura y tumba	16 pesos
Acompañamiento	3 pesos
Cuarenta velas de cera	11 pesos
Cantores	3 pesos
Seis misas de cuerpo presente a 12 reales	9 pesos
El hábito que se compró para la mortaja	12 reales
Honras en La Merced	13 reales
Honras en Santo Domingo de Quito	12 reales
Tablas para el ataúd	15 reales

Todos estos datos nos muestran la realidad de los velorios, honras fúnebres, actos litúrgicos y entierro, las costumbres, comida, bebida y todo el ritual que abarcaba la muerte de una persona en los años estudiados.

Los documentos dejan traslucir el respeto a los difuntos, la forma como se los amortajaba, velaba y enterraba; costumbres que en cierta forma se han mantenido en las ciudades pequeñas hasta nuestros días.

Señalamos además la ausencia de un detalle en la última voluntad de los testadores, es la no preocupación por la descripción de sus epitafios y los textos que debían ir en ellos; sutileza o vanidad que no preocupó en absoluto a los moradores del Asiento de Otavalo, privándonos de elementos de juicio más completos y sintomáticos.

Los deudos de María Agustina de Rivadeneira (46) fallecida en 1797, debieron pagar los siguientes rubros para poder cumplir con esta obra de misericordia:

Al Vicario	30 pesos
Al Guardián	9 pesos
Por diez misas	10 pesos
Por la sepultura	2 pesos
Por el entierro	6 pesos
Cuatro tablas para el ataúd	2 pesos
Al carpintero	1 peso
Al músico organista	3 pesos
A tres iglesias por redoble de campanas	6 pesos
Velas	1 peso, 4 reales
Gastos de velorio	2 pesos
Para indios que cabaron la sepultura	2 pesos
Al sastre que cosió la mortaja	4 pesos
Ocho velas para la misa	2 pesos

Además del choque emocional que significa la muerte de una persona dentro de la familia, se debe considerar el factor económico que implica el hecho doloroso de la desaparición del ser querido. El registrar estos datos abrimos una ventana al pasado y a las circunstancias que lo conformaron dentro de este ángulo testimonial de la vida y de la muerte.

Registro de las deudas

Una característica importante por su meticulosidad, seriedad y honradez se manifiesta en el rubro que considera las deudas que dejan a pagar o cobrar los testadores, para que todo quede bien arreglado después de su partida final.

Las deudas se especifican con exagerada exactitud en sus cantidades máximas y mínimas. Francisca Olmos (3) muerta en 1815, declaraba:

Debo a don Domingo López la cantidad de diez pesos como consta en su apunte, y tiene en empeño un rosario de corales.

A su vez el presbítero Felipe Rosales (5), en 1818 puntualizaba: "Que de lo que me deben en este

pueblo se le de 100 pesos a Nuestra Señora de los Dolores, entregándoselos al síndico que fuere, menos al cura de ningún modo".

"Declaro que tengo prestadas dos cucharas de plata a don Manuel Escobedo, mi suegro...", para añadir luego: "Mi marido tiene empeñado un peine de oro en dos pesos donde el Rvdo. Padre Cura", declaró Josefina Manosalvas (15) en 1812.

Y sigamos con más ejemplos, dignos de mencionarse:

"Declaro que don Ventura Terán tiene que entregar un peso en chilpe para la fábrica de la casa".

Xavier Cagueñas, cuatro pesos para un peón.

"Manuel Guerrero, cinco pesos para dar tejas, así también Mariano Enríquez, vecino de Puéllaro, 11 pesos por un macho", e "Isidro Cárdenas, diez pesos para dar tejas"; "Basilio Chamorro, vecino de Pupiales me es deudor de 19 pesos, 7 reales por recomendación que le tengo hecha ahora más de cuatro años que me compré un par de chucaritos"; "Manuel Portillo del pueblo de Carlosama, me

debe dos potrancas de dar y recibir, dándole de mi parte 15 reales".

"Mariano Patiño del pueblo de Sapuyes tiene que entregarme de aquí a cinco meses, cuatro chucaras del año, dándole de mi parte seis pesos".

"Don Joaquín Santa Cruz, vecino de Pasto, tiene que darme una chucara de servicio, dándole de mi parte dos pesos, dos reales". "Declaro que Silverio Cariguango me debe una media de cebada; Salvador Cariguango otra media; José Paucar otra media; el indio Amauta otra media de las que se pagará media al mayoralito de Tupigachi por un daño de mulas".

Las deudas inquietaron a Antonio Donoso (41), vecino de San Pablo en 1837, quien para no morir acosado por la duda prefirió pagar antes que su alma tuviese alguna mancha: "Declaro que a Miguel Espín le debo 19 pesos, 6 reales, porque él lo dice no porque mi conciencia me acusa deberle tanto, pero es mi voluntad se le pague".

El presbítero Felipe Rosales, cura de Tumbabiro en 1817 (22), aseguró:

Declaro que me deben muchas personas de este pueblo los que constan por el apunte inserto que dejo en varias partidas en los Libros Bautismales, los que deberán registrarlos con cuidado, declarar para que conste.

José Cevallos (26) aseveraba: Declaro que debo a Juan Báez un real; a Felipe Vaca medio real; a Antonia Osejos tres cuartillos, y a Isabel Guerra un cuartillo".

Vale recordar que un peso representaba ocho reales y pesaba teóricamente una onza de plata. El marco de plata pesaba ocho onzas, y ocho marcos equivalían a 64 pesos. Un cuartillo u octal valía un cuarto de real. Este sistema monetario funcionó durante toda la época colonial hasta que el presidente García Moreno lo redujo al sistema decimal.

Como se aprecia, el problema de las deudas fue muy escabroso tanto para vivos como para quienes pronto dejarían de serlo; a ello se debe, que para salvar el honor aunque fuera póstumamente, pusieran especialísimo cuidado en no olvidarlas y en pormenorizar el motivo que originó la deuda y su monto.

Testamentos especiales

Hubo testamentos muy singulares debido a las circunstancias que los ocasionaron; en ellos se puede detectar los problemas que produjeron en los testadores las beligerancias internas en las épocas coloniales, así como en las guerras independentistas y republicanas.

José Mármol de la Torre (10) hace constar en su testamento el perjuicio ocasionado por los ejércitos del rey en las campañas ocurridas a lo largo de 1817:

Treinta y dos mulas de carga y ocho caballos que se llevaron las tropas reales de los sitios de Santo Domingo de Cayambe por orden del señor Comandante Sámano, y el Capitán Asim, hasta que no volvieron hasta la fecha, y ocho borricos de carga, los que también se llevaron las mismas tropas, como también vaciaron los trojes y se llevaron maíz, trigo, cebada, papas y otras especies, de suerte cuyo motivo originó el grave quebranto que he tenido a causa de ese saqueo”, justificaba así el que no haya podido entregar los efectos diezmales a la mesa capitular.

La constante exacción que sufrían los terratenientes en bestias

de carga, alimentos y ganados, fue el recurso al que acudieron todos los ejércitos en campaña, redundando desde luego en el despojo y pobreza de muchos propietarios, los que, como en este caso, dejan constancia del hecho permitiéndonos comprender la época y las penalidades que sufrieron.

Otro de los casos que merece atención, y que ya señalamos anteriormente, fue el aconsejable método de testar cuando se realizaban viajes prolongados o se marchaban a la guerra; para demostrarlo acudimos a José de Vinuesa y Villamarín (21), quien nos confía:

“Estando en la actualidad para viajar para la expedición de Pasto, como capitán de la Compañía de las tropas de este Asiento, en las circunstancias presentes y en mi entero juicio... y por cuanto el morir es cosa natural a toda persona viviente, deseando hallarme en este trance contra la debida preparación he acordado hacer este mi testamento, última y final voluntad.

Y hacían bien al proteger y protegerse ante eventuales acontecimientos que podían sobrevenirles

en tales aventuras, enfermedades, accidentes, naufragios, pésimos caminos o cualquier dolencia que repentinamente pusiera fin a su existencia.

Hubo también donaciones especiales alejadas de las de carácter familiar, las que demostraban una singular gratitud o reconocimiento a la devoción y amor demostrado en toda una vida; así los casos:

Francisco Gramal (35), indio natural de Otavalo, testó así en 1822: “Declaro que soy soltero y libre y declaro que tampoco tengo hijo alguno, ni heredero forzoso a mis bienes”; por lo que decide dejar un terreno sito en Peguche, especificando:

Las mando, doy y dono a don Bernardo Males, mi cacique, a quien le he merecido un paternal amor fomentándome en cuanto ha podido hacerlo con cristiana caridad, y no teniendo como corresponderle tan buenas acciones le recompenso con la data que le hago de dichas tierras...

En la legislación a la que se sometieron todos estos trámites, el

Padre General de Menores fue el encargado de la defensa de los derechos de los niños; eran designados por el Cabildo cuando existían en los pueblos o por el rey a través de la Audiencia. El objetivo era defender los bienes de los parientes mayores de edad; con todo, en 1811 Juana Figueroa (47) no aceptó su intervención y dictaminó: “Así mismo queda dicho mi hijo José al cuidado y tutela, y no quiero llegue cosa alguna al poder de los Padres de Menores porque acaorean muchos perjuicios a los menores”.

En ocasiones entre marido y mujer se especificaba ciertas donaciones, que a pesar de percibirse el amor, no dejan de causar resquemor por el sentido de pago que se le da a las mismas. José Recalde (37) declaraba así en 1851: “A mi mujer Rosa Galindo, por haberme servido con amor y respeto en todo el tiempo de nuestro matrimonio, y que a la presente se haya enferma, en pago de ésto le dejo diez pesos”.

La misma voluntad tuvo José Cevallos (26) al firmar: “Declaro que tengo una casita cubierta de teja adquirida en junta a mi mujer, la que queda en beneficio de mi

mujer en pago de su servicio personal”.

La variedad de expresiones que hemos registrado y exponemos sobre las relaciones conyugales, familiares y afines, ponen frente a nosotros un amplio esquema de las tradiciones, costumbres y exigencias que se empleaban en aquellos tiempos frente a un mismo hecho, total y definitivo.

Transferencia de negros e indios

La esclavitud del negro como la del indio, a la que se le dio otra denominación a pesar de ser lo mismo en la práctica, se instaló en nuestro territorio desde los primeros años de la conquista y colonia, y avanzó hasta la manumisión de los esclavos negros en 1851, pero la del indígena continuó hasta muchos años después.

En los testamentos que analizamos este fenómeno se encuentra con mucha frecuencia y cantidad en las personas con buena posición económica. En 1839, en el juicio seguido por los herederos de María Albuja y Aráuz (33) sobre división y partición de bienes encontramos en el inventario y con su precio correspondiente la “negra esclava llamada Brígida, dicen que

su edad de sesenta años, tasada en cien pesos”.

Vinueza y Villamarín (21) en 1811 dejó firmado:

Declaro por mis bienes ocho negros esclavos que trabajan mi hacienda de Irubí que me costaron la cantidad de 2.950 pesos; más una mulata con cuatro hijos que pasan en mi servicio. Y es mi voluntad que después de mis días y de mi mujer sea libre de esclavitud la expresada mulata Gregoria Santa Cruz, menos sus hijos.

Es oportuno señalar que no solo los poderosos tenían posibilidad de adquirir esclavos, ese derecho se había dado también a las imágenes sagradas. La negra María Susana Troya, con más de 90 años de edad, residente en el Asiento de Otavalo, denunció el 3 de julio de 1797 que era esclava vitalicia de Nuestra Señora de los Dolores, Cofradía fundada por don Juan Pinque de Troya, y solicitó que por ser “esclavos vitalicios libres de esclavitud”, no se la venda separándola del servicio de la santa imagen, ya que el marqués de Villa Orellana, albacea de la Cofradía, quería ven-

derla o que pasara a su servicio. (58)

Por estos datos nos damos cuenta de la verdadera situación infrahumana como fueron tratados los negros en el Asiento, al igual que en otras partes del país y de América.

En la mortuoria de Manuel León Arias (11) se tasaron sus negros: “De los 2.950 pesos, valor de los esclavos, según se confiesa el testador en la cláusula doce”. Pero en realidad la cifra se redujo considerablemente, ya que los interesados expusieron que el finado su padre, en vida misma vendió seis de estos; de los dos restantes murió el uno, y el otro lo tomó el heredero José Toribio en la cantidad de 80 pesos.

También en la mortuoria de María Quiteria Velasco (34) se hace una modificación, ya que:

Una negra que por considerarle libre no se le puso en el primer inventario, más por mandato del señor asesor se le incluye en el presente inventario; a pesar de estar reclamando ésta su libertad; lo que si se le considera como

esclava le aprecia el perito en la cantidad de 20 pesos”.

En cuanto a los indios, considerados como propiedad por los terratenientes, también corrieron la misma suerte; se los entregaba como parte de las haciendas o los hatos de ganado, como parte de los bienes de los poderosos señores de la tierra. Item como el siguiente son numerosos y marcan la relación amo-siervo en la sierra ecuatoriana: Matías Aguirre (6) declaró: “Tengo dos indios gañanes conciertos, que se les ajuste la cuenta”. En la mortuoria de María Quiteria Velasco (34) se incluye al indio Guamán que no se sabe si adeuda o no a la hacienda; igual tratamiento mereció el indio Pedro Cuchiguango al que se le considera parte de los bienes de la patrona por tener deudas con ella.

Otros casos hermanados por una realidad lacerante, aunque con ciertas variantes, son los siguientes:

Matías Aguirre (29), vecino del pueblo de la Pura y Limpia Concepción de Cayambe, declara en 1792: “Tengo dos indios gañanes conciertos, que se les ajuste la cuenta; si me alcansasen paguen de mis bienes, y si los alcansase, se

acumule al cúmulo de mis bienes". Así también Vicente Portillo (30) dejó escrito: "Declaro que me debe mi indio Juan Manuel 17 pesos, por cuenta ajustada, lo que debe pagar con su trabajo"; no se quedó atrás el presbítero Felipe Rosales (5) al mantenerse dentro de la costumbre de la época y afirmar: "Declaro que los indios míos, mi albacea disponga de ellos".

En algunos casos, quizás por tardíos arrepentimientos o temor a llevar culpas sobre su alma, también se dieron confesiones como la de José de Vinuesa y Villamarín (21):

Que después de mis días se liquide la cuenta de mis indios sirvientes, y aquellos que me alcansasen se les pague prontamente y de los que saliesen alcanzados, es mi voluntad se les rebaje a cada uno de ellos la cantidad de doce pesos.

También José Vinuesa (56) en la mortuoria sobre sus bienes se encuentra que su hijo Manuel declara que su padre dejó dos haciendas "bien aperadas de ganados, indios, herramientas, sementeras, granos comprobados y entrojados,

cañaverales y otros muebles necesarios..."

Esa fue, como lo demuestran los documentos en referencia, la triste y dolorosa realidad de negros e indios en el territorio ecuatoriano hasta 1851 y muchos años después; los testamentos y mortuorias reflejan su calidad de semovientes dentro de la estructura de poder semi-feudal de aquellos tiempos.

Imágenes religiosas

Una de las manifestaciones religiosas domésticas más comunes en todos los hogares fue el poseer estatuas e imágenes de Cristo, la Virgen y varios santos a los que la devoción popular consagraba altares, ponía cirios, rezaba novenas y cantaba villancicos. Considerados al final como bienes muebles, estatuas e imágenes eran objeto de donación y como tales constaban en los testamentos; la existencia de estos elementos del culto son un indicativo de la fe de sus dueños, su poder económico y de como se mantenía y practicaba la religión en los hogares otavaleños.

Dofia Juana Velásquez (42) que testó en 1801 dejó:

Una estatua de San Antonio con su diadema de plata y un niño en el brazo. Cuatro cuadros pequeños, los tres con sus molduras doradas y el otro llano, y un lienzo de San Miguel con su bastidor viejo.

María Albuja y Aráuz (33) dejó una imagen de Santa Elena, pintura fina, apreciada en un peso. Un San Antonio de bulto sin un brazo, con su diadema de plata, apreciado en doce reales. En el remate que se hizo de los bienes de Joaquín Venalcázar (43) en 1825, se valuó un Cristo en 14 reales y una Purísima en un peso, imágenes que remató M. Alarcón en 16 reales. Juan Correa (44) en 1810 solamente declaró: "Tengo por mis bienes un Portal con su niño que me costó siete pesos".

Si Jacinto Jara (12) que testó en 1805 "dejó dos Cristos, el grande para mi hijo Mariano y el pequeño a mi mujer", en cambio María Jacinta Espinosa (45) declaró que dejaba:

Un Cristo con su sitial y dos cuadros sin molduras de la advocación de San José y la Virgen. Un San Antonio de bulto con su azucena de pla-

ta y el Niño con sus potencias; y dos cuadros con sus molduras de San Jerónimo y María Magdalena. Dos láminas con sus molduras de la advocación de Santa Catalina y Santa Bárbara; además a San José y la Virgen con sus sillas de bulto.

Así mismo José Morales (7) señala entre sus bienes: "Un calvario con las efigies del Señor Crucificado, su Madre Santísima vestida con terciopelo, y el Evangelista San Juan con la Magdalena de pura madera y sisa de colores". María de los Reyes Aldana (23) "dejó una imagen de Nuestra Señora del Belén; un Niño Dios para que lo limosnen y el dinero se aumente a mis bienes".

Volviendo a Manuel Vinuesa, el que señalamos anteriormente porque su padre "dejó dos haciendas bien aperadas de ganados, indios, etc."; encontramos que se trataba de haciendas muy grandes y provistas de todo lo necesario para su explotación. La de Iruví registraba: casas, muebles caseros, oratorio, metales, herramientas, huertas, granos, cañaverales, potreros y terrenos, ganado vacuno de cría y yeguarizo.

La hacienda de Perugachi comprendía así mismo casas, muebles, obrajes, bronces, curtiembre, molino, batán, ganado vacuno, ganado de páramo, boyada, yeguarizo, ovejuno, cerdos, sementeras y grano, herramientas, potreros y terrenos. Todo un complejo producto valuado en muchos miles de pesos.

Nuestro interés se centrará en el Oratorio de la hacienda Iruví, en donde se inventariaron:

Un nicho de tabla recortada con un lienzo de Nuestra Señora de Agua Santa	18 pesos
Un crucifijo de una tercia, sin corona ni potencias	2 pesos
Un San Antonio, de bulto de una tercia con su diadema de plata	3 pesos
Un San Juan de a tercia	1 peso 4 reales
Un San Isidro de bulto de media vara, sin marco	1 peso
Un ornamento de tapiz blanco con su franja falsa de oro, ya viejo, completo, con su alba de Royal y encaje red	12 pesos
Dos manteles de Royas, usados, el uno con punta de rengo ya viejo, y el otro con catatumba	2 pesos 4 reales
Una palia vieja de brocado, y otra dicha de tisú de oro verde	4 pesos
Un cornejal de sana	1 real
Un atril de madera de color azul	1 peso
Un misal romano usado	25 pesos
Un hostiario de fierro de hacer hostias	6 pesos
Dos hostiarios de madera de guardarlas	1 peso
Tres vinajeras y platito de loza	6 reales
Un cáliz y patena dorado su interior con su cucharita	25 pesos
Una ara de piedra forrada de cáñamo	1 peso
Cinco estampas de papel pintadas de azul, ordinarias	10 reales
Un Ecce Homo de a tercia en lienzo	4 reales
Dos campanitas, mediana y chica	1 peso, 4 reales
Cinco candeleros de madera torneada, los dos sin candelajas	3 reales

Realmente se trataba de una capilla bien aperada perteneciente a un gran terrateniente, que contrastaba con las adquisiciones hechas en los hogares comunes; pero a través de este inventario nos enteramos de las devociones más frecuentes, las imágenes y sus precios; lo que no sabremos jamás es qué suerte corrieron esas efigies, y si todavía son veneradas en algún hogar o iglesia pueblerina.

Joyas y artículos suntuarios

Salvo las personas muy indigentes no señalaron la donación de alguna joya, pero en casi todo testamento existe la descripción de alhajas o aderezos y su destino final; así Luisa Ortiz y Vargas (19), a pesar de declarar haber vivido en absoluta pobreza, dejó:

Un par de zarcillos de oro con seis perlas; una cruz de oro y perla, para que se vendan y se use el dinero para el bien de su alma.

Un rosario de corales menudos con sus cuentitas de oro menudas y una cruz pequeña de lo mismo.

Una gargantilla de tres hilos de perlas con sus atajados de granates, con su corazoncito de concha, con su cerco de

oro; la deja para su hijo para cuando sea mayor de edad.

El presbítero Rafael Maya (51) en 1840 declara primeramente haber sido párroco en Cuajara, Guayllabamba, El Quinche y Atuntaqui, donde muere; además de dos casas en Quito, declara entre sus bienes:

Un reloj de péndulo, dos de bolsillo y otro de brillantes.

Ocho platos de plata, dos docenas de cucharas, dos cucharones, dos totumas, tres jarros de plata, once trinchas con cabo verde.

Servicio de mesa: manteles, servilletas, platos de loza y cristales; cuatro fresqueras.

Antonio Donoso (41) también dejó lo suyo:

Declaro a mi hija Francisca, una gargantilla de perlas finas y de cuatro con su cruz de esmeraldas. Un par de zarcillos de oro con perlas finas.

A mi hija Dolores, un rosario de corales con cuentas de oro.

Un par de zarcillos de oro con perlas finas y con goteras de esmeraldas.

Dos centros nuevos de bayeta y un rebozo de Castilla.

Pedro Andrade (5) en 1837, describió su donación: "Siete cubiertos y un jarro de plata, cuyo peso ignoro; además dejó una pailita de bronce". José Morales (7) muerto en 1804, afirmó testar:

Dos totumas y un jarro de plata con el peso de cinco marcos, dos onzas y 8 ochavas todas las piezas. Dos botellas encasquillas en plata con sus tornillos y llaves correspondientes, cuyo valor se regula en diez pesos.

En la mortuoria de Fernando Chiriboga (54), además de 33 pesos que se encontraron al barrer la casa, se inventariaron "tres cucharas y dos tenedores de plata y un jarro de plata". Por su parte Josefina Manosalvas (15) afirmó: "Tengo dadas once y media onzas de plata a un platero de Quito... para que haga un jarro"; además declaro que tengo comprado un platillo de plata en 16 pesos y una totumita de tres onzas".

Vicente Portillo (30) donó "Un jarro, un plato, dos platillos pequeños, siete cucharas y cinco tenedores de plata"; también seña-

ló "un cuchillo con puño de carey y lo mismo la vaina guarnecida de plata".

Aunque Luis Tobar (50) murió sin dejar testamento, en su inventario se especificó:

Tres cucharas de plata; dos tenedores de plata; dos espuelas bien fornidas con sus conteras de plata.

Un sable con cabo negro y vaina verde con sus conteras y virolas de plata.

Actualmente llama la atención la cantidad de objetos elaborados en plata que poseían en casi todos los hogares, debido posiblemente a la abundancia del metal, del cual se fabricaban hasta las monedas, y también por su valor posiblemente bajo, lo que permitía a quienes poseían estos objetos lucirlos, demostrando cierto bienestar económico y convertirlos en un momento dado en dinero o activos fijos.

Francisca Olmos (3) inventarió entre sus pertenencias:

Dos marcos de plata y siete onzas de plata.

Una totuma de plata con peso de siete onzas y un valor

de seis pesos, un real.

Un marco de plata bruta, inclusive una cuchara y un tenedor de plata que le dejo a mi padre.

Una gargantilla de perlas de seis sogas.

Una lámina de plata, cuyo peso es de dos marcos, más o menos.

Una totuma de plata con el peso de dos marcos.

Un par de zarcillos de perlas doncellas con falta de una y sus dos aguacates de esmeraldas valuados en 50 pesos.

Tres pares de zarcillos, unos azules oscuros, tasados en seis pesos; otros azules claros tasados en once pesos, y otros colorados tasados en 16 pesos.

Una gargantilla de perlas de seis hilos de diferentes tamaños, más delgadas que gruesas, valuada en 12 pesos.

Vale la pena seguir informando de lo inventariado en testamentos o mortuorias, ya que ellos muestran una serie de fenómenos hogareños y de pertenencia de bienes de la más diversa calidad y objetivo; así en la mortuoria de

Manuel Estévez Mora (55), encontramos:

Dejo una silla chapeada de plata; otra forrada de terciopelo con cerco de plata en la delantera y trasera.

Un freno con su cabezada de piezas de plata.

Un pretal, una grupa con piezas de plata, un par de espuelas de plata, ocho cucharas, seis tenedores, cuatro platos, un jarro y una despavesadora, todo de plata.

Despavesadora era una especie de pequeño cucurucho metálico que colocado en un palo largo servía para apagar las velas de los altares, y también a través de una mecha para encenderlas.

Finalmente anotamos lo que donó Miguel Almeida (1) a sus deudos:

Dos gargantillas de lápiz (lapislázuli) con 33 cuentas pequeñas de oro de a real; la otra de corales con 21 cuentas de oro de a real.

Un par de zarcillos de oro de filigrana, y Dos balacas, la una anchita y la otra angosta, amarillas con tejedura de plata.

Estas son algunas muestras de los bienes suentuarios que quedan registrados a través de las pos-treras voluntades de varios testado-res; su descripción, valor y calidad muestran la afición por las joyas que ha sido una constante en todos los pueblos del mundo, y que no hay razón para que no haya sido también de hombres y mujeres del Asiento de Otavalo.

Fondos Bibliográficos

En la mayoría de los testamentos analizados no hemos encontrado listado de libros, lo que demuestra que no eran bienes muy apreciados por la mayoría de la población; por lo general solo pertenecían a elementos del clero o a algún estudioso; con todo, al estudiar los listados de libros, en sus escasos propietarios, comprendemos el tipo de lectura preferido y la difusión de las ideas y la cultura en los años estudiados.

En la mortuoria del presbítero Antonio de Castro (49), fallecido en 1780, encontramos:

Un libro titulado "Cantos espirituales de San Francisco de Sales", en cuarto, algo usado.

Un libro titulado "La Filo-

mena" de Lope de Vega. Sermones del doctor Chiriboga.

Un libro: El sol de la verdad. Memoria General y Academia.

Oficio Santorun.

Los trabajos de Persiles (y Segismunda) de Cervantes.

Explicación breve del libro de Antonio de Nebrija.

Por su parte en el expediente formado sobre el intestado Luis Tobar (50), fallecido e 1792, se registra:

Doctrina del Padre Calatariño (1 tomo)

Historia de Solis (1 tomo)

Refugio de Pecadores

Fray Luis de Granada

Compendio Histórico

Verdades Eternas

Indice Moral por el Padre Lucano

Un cuaderno escrito por el Padre Soto

Novena de la Sangre de Cristo

Oración fúnebre por el P. Pedro Milanésio

Novena de San Dimas

Rogativa a San Antonio

La conquista de México y,

La creación del mundo.

También en la mortuoria del presbítero Rafael Maya los libros ocupan cierto volumen e interés:

La Biblia (2 tomos)

Año Cristiano (18 tomos en pasta)

Espectáculo de la Naturaleza (16 tomos en pergamino)

Sermones (4 tomos)

Juego de Breviarios

Historia de Colombia

Sínodo Diocesano (2 tomos, pergamino)

Entretenimientos Polémicos (1 tomo)

El verdadero mentor

Vida y Doctrina de Jesucristo (1 tomo, latín)

Geografía (1 tomo)

San José (1 tomo)

El templo de Dios (1 tomo)

Instrucciones de San Carlos Borromeo

Disputaciones Teosóficas

Del nacimiento y crianza del P. Solano (1 tomo)

Sermones del Adviento

Carta Pastoral del Ilmo. Balero (1 tomo)

Regular Cleri (1 tomo)

Arte de predicadores (1 tomo)

Pablo y Virginia (1 tomo)

Verdaderos intereses de la Patria (1 tomo)

Canto a Bolívar

El espíritu de Telémaco (1 tomo)

Diablo Cojuelo (2 tomos)

Cuentos Tártaros

Clamor de Verdad

Cartas de Clemente XIV (3 tomos)

El cristiano de estos tiempos (2 tomos)

La grandeza del alma (1 tomo)

Brújula de la razón (1 tomo)

Pintura de la muerte (1 tomo)

Conversación consigo mismo (1 tomo)

Maná del alma (1 tomo)

Cuaresma del Padre Señeri (1 tomo) (ajeno, del doctor

Justo Delgado)

Fuero de la conciencia (1 tomo)

Moral (1 tomo)

Sermones del Padre Jardía (1 tomo)

Tratatas del Vicario Episcope (1 tomo)

Vocabulario de Nebrija (1 tomo)

Arte de Nebrija

La verdadera fe triunfante (1 tomo)

Carta Pastoral del Ilmo. Antonio de San Alberto

Varios Sermones (1 tomo)

Resumen historial de la primera silla romana (1 cuader-

no)
Sermones del Padre Aguilar
Luz de verdades (1 tomo)
El Concilio

Una escopeta y un paraguas, cerraban el inventario de este sacerdote que nos demuestra que leyó, instruyéndose durante su vida. Un contraste absoluto con Manuel León Arias (11) quien solo registró al "Catoncito Cristiano".

El presbítero Felipe Rosales (22) en 1817 declaró dejar además de "dos casullas, la una la dejo para la iglesia y la otra para mí", pero además señaló donar "A mi primo don Juan Ortiz le dejo un juego de Breviarios nuevos. Dejo también unos libros como también otro juego de Breviarios casi nuevos".

El amor maternal, expresado por Manuela Castelo (53) se hizo presente al firmar en 1833:

Que del patrimonio corto que dejó mi finado esposo sean gastados 14 pesos en Ordenes Menores y libros concernientes al adelantamiento de mi hijo Rafael, los que se le rebajarán de su parte, teniendo íntegra su herencia mi hijo Modesto".

Como vemos no fueron abundantes las personas que tenían contacto con los libros y, por tanto, hecho uso de la lectura; sin embargo, quienes tuvieron algunos ejemplares publicados demuestran que fueron ante todo sobre temas religiosos y uno que otro sobre Historia, Literatura, Ciencias Naturales, Geografía y Gramática, lo que demuestra algún interés por temas no catequísticos, piadosos y morales.

Terrenos y casas

La posesión de la tierra ha sido y sigue siendo una de las aspiraciones fundamentales del ser humano; en todos los tiempos siempre ha existido el deseo de poseer la tierra y sus frutos, y, en una zona campestre como la otavaleña, esto siempre fue una constante; aunque no todos pudieran satisfacerla; así tenemos que Felipe Rosales (5) declaró: "Tengo dos cuadras de tierras con alfalfa, de las que dejo una cuadra a una niñita Mariana"; no especifica quién mismo es esa criatura y quien debía administrarla.

Manuel León Arias (11) en cambio señaló:

Dejo a mi hijo José Antonio tres solares poco más o menos, una hoz de segar, dos

yugos, una azuela, una hacha, un escoplo y un freno.

A mi hija Mariana, media cuadra, tres varas de tierras, una chocolatera, una jerga, una botella, un sombrero usado.

A mi nieto José Antonio una pala de fierro y un baulito.

Felipe Rosales, antes citado, añade a su testamento lo siguiente:

Declaro que tengo un pedazo de tierra en junta de la Chepa que consta de dos cuadras y le dejo media cuadra", además a la misma Chepa le donaba "una cama con su cobertor en pago de su servicio personal".

La tierra era otro de los bienes que podían distribuir después de haberle sacado provecho, recomendando en varias ocasiones que la trabajaran y fueran felices con lo que ella producía.

Los aperos que constituían un hogar también fueron siempre muy apreciados y por lo tanto dignos de ser heredados, especialmente en lo referente a trastes de cocina, así tenemos que Luis Tobar (50) donó: "Una pailita de bronce,

una jarrilla de lo mismo y dos ollas grandes de fierro".

María de los Reyes Aldana (23) señaló entre sus propiedades: "Una pailita, una olletica de bronce, una plancha, dos toldos de cama, uno de sarasa y el otro de damasco de algodón".

Manuela Castelo (53) dejó a sus herederos solo: "Una pailita de bronce de una sola oreja; una plancha de componer ropa; una pieza de sarasa de cama de flor gruesa, y un colchón nuevo con un forro de holandilla clara".

Las descripciones pecaban a veces de excesivas, ya que así definían lo que querían señalar y no otra cosa: Rosa Olmos afirmó en su testamento: "Declaro que en poder de mis padres tengo dos botijas, una piedra de moler maíz y otra de ají y un tinaco".

Ganados y aperos de montar

Fieles y pacientes compañeros de trabajo fueron las bestias de montar y cargar que tuvo el hombre del campo desde siempre, por eso al sentir que se acercaban sus últimos momentos, los distribuían de la mejor manera para que pudieran seguir sirviendo, en provecho

de quien eran donados; así Felipe Almeida (1) fallecido en 1776 declaró:

“Dejo un caballo rosillo, otro tordillo, una mula mora, otra chúcara, dos yeguas aguilonas y un potro aguilon”. Felipe Rosales (5) distribuyó sus animales así: “Dejo al Melchor una yunta de bueyes y una yegua. A la Chepa le dejo un potro bayo y una yegua”. “También dejo una burrita a dicho Juan para su servicio... A Melchor le dejo una yegua que compré a Dionisio Rueda... un potro que compré a José, se lo doy a él mismo para que lo logre con la bendición de Dios y la mía... declaro que el caballo chaguar es ajeno; mando a mi albacea se lo devuelva a su dueño”.

Así como Antonio Donoso (41) en San Pablo de 1837 dejó a su hija “Rosa un buey gordo, dos puercos que se vendieron a seis pesos”; Ramón Fuentes (48) en 1844 declaró “Dejo una burra con una cría maltona... y un burro, el cual lo compré en ocho pesos a una india puenda, y de éstos he pagado seis pesos y debo 2 pesos”.

Por su parte, Manuel León Arias, (11) afirmó dejar “tres bestias y un buey para el bien común

de todos mis tres hijos para que se mantengan con todo aderezo”.

Felipe Rosales (22) no olvidó a Manuel Garrido y le dejó una silla de montar; Manuel era marido de la Chepa, a la que ya hemos conocido. Así mismo el anteriormente León Arias, dispuso:

A mi hijo José María le dejo además un par de espuelas, un machete, un cuchillón, dos ponchos de jergas nuevos, dos ponchos azules, uno nuevo y otro usado, un chaquetón de felpa usado, un pantalón, un chaleco y dos pañuelos.

Para terminar este acápite recordemos que en la mortuoria de Rafael Maya (51) se encuentra que dejó “12 caballos, una silla de montar y espuelas de plata, además otra silla, un galápago y sus frenos”.

Modas y vestidos

Los testamentos también nos informan sobre los detalles de la moda, los tejidos y adornos en las diferentes épocas, como también en la implícita posición social y económica de sus propietarios.

En la mortuoria de Antonio de Castro (49) encontramos una descripción interesante sobre este tema que iremos desglosando con otros documentos; Castro registró:

Una boata angaripola colorada forrada la mitad.

Una casaqueta a la moda antigua de terciopelo negro.

Una casaqueta nueva de imperiosa morada.

Una chupa de terciopelo morado lirio con flecadura.

Unos calzones mordoré.

Una alba de Bretaña.

Cuatro cheleques de Bretaña.

Cuatro sábanas de ruan.

Miguel Almeida (1) dejó a sus deudos los siguientes vestidos:

Dos pares de petacas, una con cadena.

Un faldellín amarillo de sarsa ya usado.

Tres faldellines de bayeta de la tierra, nuevos, lechugados con sus cintas.

Cuatro camisas, dos de lienzo nuevas y dos de Bretaña más buenas que viejas.

Un jubón con sus velos de Cambray de Francia.

Tres enaguas de lienzo, la

una nueva y las otras usadas. Cuatro rebosos: tres de Castilla y uno de Guano.

Los de Castilla, caldo de grana, otro amarillo y el otro clavel.

Es necesario, para mejor entendimiento, conocer algunas definiciones sobre los vestidos y sus telas usados en esos años, todos ellos de herencia europea:

El jubón era un vestido que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo.

Faldellín era una falda corta. Lechugado, que tenía forma de hoja de lechuga. Chupa era la parte del vestido que cubría el tronco del cuerpo con faldillas de la cintura abajo y mangas ajustadas. Bretaña fue un lienzo fino fabricado en Bretaña. Angaripola era un lienzo ordinario estampado en listas de varios colores. Saya fue una falda usada por las mujeres.

El faldellín creó en su momento problemas religiosos, ya que al ser una falda a la que consideraban los sacerdotes demasiado corta, la prohibieron para su uso entre las jóvenes mujeres.

Don Mariano Ponce (57) dejó los siguientes bienes con sus costos aproximados:

Un sombrero de castor blanco de primera, tasado en 20 pesos.

Un rebose de bayeta de Castilla, color piche, 4 p.

Una saya de tafetán doble, negro llano; otra saya de peñasco verde.

Un par de medias blancas de seda francesa de mujer en 5 pesos, 4 reales.

Un pañuelo de seda, 8 pesos.

Una camisa de mujer con faldas de Bretaña angosta y mangas de clarín de flores valuado en 7 pesos.

Un faldellín de sarga verde con sus bombas de tafetán carmesí.

La determinación de colores escapa a nuestra investigación, ya que no hemos encontrado a qué se calificaba de: morado lirio, caldo de grana, color clavel, patito de vapor, sarasa aurora, color aramo, terciopelo guabo y cintaraso claro. Matices y colores para los tejidos que eran preferidos por hombres y mujeres del siglo XVII, las que han llegado a nosotros solo en las referencias testamentarias.

Luis Tobar falleció sin dejar testamento, sin embargo su mortuoria señaló:

Siete pares de escarpines de lienzo.

Un par de calcetas.

Cuatro varas de terciopelo de algodón azul.

Una chupa de terciopelo verde con sus galones de oro fino y botones de lo mismo.

Un par de calzones negros de seda y dos pares de medias de Inglaterra.

Por su parte Manuela Castello (53) señaló sus bienes en lo referente a vestidos:

Una saya negra con su blonda ancha.

Otro vestido de sarasa colorada de manga larga.

Otro de sarasa amarilla con sus florecitas malvas.

Un vestido patito de vapor.

Otro de sarasa aurora.

Dos pañolones de vapor, el uno aurora y el otro aramo.

Un pañolón de casimir blanco con su guarda ancha de flores.

Un chal aramo de raso.

Volvemos a señalar la meticulosidad con que los testadores

particularizaban sus pertenencias y el destino de las mismas; así Francisca Olmos (3) determinó:

Nueve camisas y nueve paños de mano, de los cuales ruego a mi albacea le de a mi madre tres camisas y tres paños de manos, y la pollera azul clara más una camisa con un paño de mano a la Fulgencia, otra camisa a la zapatera...

Matías Aguirre (29) solo dejó en herencia tres chupas; "la una de brocado morado y otra negra de buche y la otra de persiana amarilla"; la persiana era una tela de seda con flores grandes tejidas en diversidad de matices.

Fue en la mortuoria de Fernando Chiriboga (54) la que señala pertenencias en excelente estado, como:

Un pantalón de bombasi, nuevo.

Un calzón de bombasi, usado.

Un chaquetón de bombasi, nuevo.

Un chaquetón de macana azul, nuevo, y

Un calzón de terciopelo guabo.

Vale indicar que bombasi fue una tela de seda muy calificada en su momento, especialmente usada en trajes de varón.

Fue Luisa Ortiz y Vargas quien dejó en su testamento una buena cantidad de información tanto de vestidos, modas y costos. Veamos como quedó el documento en que recomienda:

Dos rebosos de Castilla, color patito y botón de rosa, para ayudar a su hijo.

Que se vendan tres vestidos blancos.

Uno arrequillado con cintas verdes de raso; otro de muselina con su punta de hilo de Castilla, otro de muselina llana.

Otro de sarasa entre colorado y amarillo, con su blonda de renguillo y cinta verde, ya usado.

Otro de sarasa morada y verde con el ruedo de Sinon con cinta botón de rosa.

Otro de sarasa clara con pintas moradas y en su ruedo una blonda de renguillo con su cinta aramo, nuevo.

Otro de sarasa clara con su cinta de raso amarillo, con su blonda de renguillo y cin-

ta botón de rosa, también nuevo. sobre los precios vigentes en 1843:

Otro de sarasa en forma de cinta de raso claro, amarillo con cintas botón de rosa, también nuevo.	Cuatro barriles de vino tinto dulce	60 pesos
Cuatro camisas de Bretaña, las dos con mangas y las dos sin ellas.	Cuatro cajas de vino Bourdeos	28 pesos
Una concha de sarasa amarilla con su arandela de renquillo, y	48 barras	20 pesos
Un centro de bayeta amarilla de Castilla.	Dos quintales de fierro de Vizcaya	28 pesos
	13 y medio libras de acero	3 pesos
	31 varas de ruan fino	4 pesos 7 1/4
	48 varas de padapolar	7 pesos 4
	Una docena, cinco pañuelos cola de gallo	3 pesos 4 1/2
	Nueve arrobas, 9 libras de bronce	98 pesos 3 1/2
	Dos quintales, 14 libras de bronce	96 pesos 2
	61 libras de estaño	19 pesos 2
	13 1/2 varas de dril blanco algodón	3 pesos 3
	Una libra de cochinilla	4
	Tres ruanas, las dos rosadas y la otra azul	11 pesos
	Una escopeta	6 pesos
	Dos docenas de navajas ordinarias	3 pesos 4
	Dos baulitos de dos en carga forrados de baqueta	7 pesos

Debemos aclarar que los pañuelos cola de gallo eran usados

como bufandas; y que la Cochinilla es un insecto que se empleaba para dar color de grana a los tejidos de seda y lana; así también el rengo de Castilla era una tela que se ubicaba entre la bayeta y el lien-cillo, y el Chamelote fue una tela muy apreciada por su calidad y costo; en chamelote azul fue amortajado Antonio Jaramillo (38), como ya vimos, y se necesitaron seis varas a un precio de 1 peso, 7 reales.

Donaciones curiosas y de las otras

La escrupulosidad ya señalada de los testamentos estudiados entre 1689 y 1851 raya, a nuestra sensibilidad actual, en exagerada, innecesaria y hasta ridícula; pero a pesar de ello, debemos respetar la época, el carácter de la gente que la vivió y su idiosincrasia. Algunos ejemplos clarificarán nuestra opinión:

Antonio de Castro (49) dejó entre sus bienes:

- Dos estampas viejas de don Quijote y Sancho Panza.
- Dos gorros de seda negros, muy viejos y rotos.
- Una sotana y manteo de ta-

fetán, bastante viejos y Una chupa de terciopelo liso negro con botones azabache y flecadura de seda; trasera de tafetán roto, forrada, bien vieja. Además: un poncho de lana bordado, viejísimo y lleno de agujeros.

Antonia de Oñate (8) donó a su ahijada:

Cinco pilches barnizados; dos cocos grandes y 21 estampas de imágenes y varias advocaciones.

Declarando que: Doña Isabel de Aráuz me debe un candadito que me pidió prestado, y una servilleta que estaba empeñada en un real.

A Luis Tobar (50) que murió sin testar le inventariaron: "Un bote de lata, vacío, pequeño".

María Albuja y Aráuz (33) señala que deja:

Una piedra de moler azúcar. Un canapé viejo forrado de felpa y un aparador pintado con cuatro cajones, bastante viejo, tasado en cuatro pesos.

Manuela Cáceres (25) afirmó: “Declaro que la camita humilde que tengo no es mía sino de mi hijo legítimo por ser dado de mi cuñada Ventura Barducela a este mi hijo”.

En la mortuoria de José Cevallos (26) se encuentra: “Declaro que dejo un par de mesas pequeñas, un pedazo de tablón y una puerta vieja”. Por su parte Ramón Fuentes (48) también donó lo suyo al decir: “Declaro que dejo una silla vieja de montar, cuatro albardas, las dos viejísimas y las dos servibles... tres ruanas viejas, un sombrero viejísimo... una cobija usada”.

María Jacinta Espinosa (31) entre otras cosas señala que deja: “Un matecito de tomar mate con su bombilla”. Para la época era usual consumir a la que se denominaba “yerba del Paraguay”, cuyo uso casi ha desaparecido actualmente.

Luisa Ortiz y Vargas (19) dejó “dos camisas con mangas para su madre, como también un baúlito, una plancha y dos pañuelos de manos, el uno blanco y el otro colorado”.

Los textos expuestos nos inducen a pensar en la pobreza de

sus dueños, en la inutilidad casi absoluta de las prendas y objetos, como además que era lo único que poseían y no habían querido desprenderse de ellos. Gente menesterosa que sin embargo cumplía con el deber de testar aunque no tuvieran nada de valor que donar; todo ello contrastaba con el listado de bienes distribuidos entre la gente poderosa, en los que se encuentran joyas, propiedades y terrenos.

Los cereales fueron también bienes muy apreciados para los testadores como para los beneficiados; así en la mortuoria de Damián López Serrano (52) fallecido en 1689 se inventariaron: Ochocientas fanegas de trigo a un precio de 2.400 pesos; y Felipe Rosales (22) además de indicar que “a la Chepa se le den 10 costales de maíz y media fanega de trigo”, ordenó que otros diez costales de maíz se repartieran a los más pobres del pueblo a un costal cada uno.

Otros bienes nos permiten reflexionar sobre la calidad de los mismos y el lugar en que se encontraban, por ejemplo:

Una mesa de billar, buena, con tres camisas de lienzo, sus respectivas tablas forradas en grana, con sus torni-

llos y llave de atornillar, sus esquinas de hierro, sus bolsas de red; trece tacos, nueve buenos encasquillados y los cuatro malos, sin casquillo; trece bolas, las seis grandes y las siete chicas, por 100 pesos –consta en el juicio seguido por los herederos de María Albuja y Aráuz.

Si Josefa Sáenz de Viteri (20) declaró entre sus bienes: “Un sillón de plata sin espaldar, cuyo peso era más o menos de cinco marcos, cuando lo tomé como parte de mi herencia, y ahora se halla con el peso de siete marcos poco más o menos”; Vicente Portillo (30) lo hizo así:

Un catre de madera de cedro con sobrepilares y bastidores y su colgadura de mantas de algodón pintada; y el rodapie de damasco azul de algodón; colchón de medio uso; frazada en el mismo estado que el colchón; sobrecama de confitillo de algodón y un par de sábanas de lienzo.

Dos almohadas con fundas de rengo de Castilla nevadas de cabestros.

Una mesa, un escañito, cin-

co sillas de sentarse. Un baúl guayaquileño forrado de baqueta con chapa y llave.

Una silla gerónima, con cabeza **pechuga** y trasera chapadas de plata, vestida con basto y guardafuste.

Tanto Antonio de Castro (49) y José Morales (7) declararon respectivamente entre sus bienes: “un escritorio grande de cuero forrado en baqueta negra, cerradura y llave”, y “una papelera grande y fina con cerradura y llave, y las gavetas que tiene dentro”.

Si María Albuja y Aráuz (33) solo registró “Un tablero de amasar pan tasado en 12 reales”, en cambio Luis Tobar (50) señaló para sus herederos:

Un escapulario con escudo de plata.

Un talego de pita con 59 rosarios con sus cruces, y 26 sin cruces y 54 cuentas de millar.

Cinco docenas de varios botones, una disciplina de cabuya y cinco canelones.

Tablero de jugar damas con sus piezas de marfil, y

Dos tinteros, uno de vidrio

verde y el otro de cacho con salvadera y obleario.

La salvadera era un vaso cerrado y con agujeros, que contenían arenilla para enjugar lo escrito con tinta; el obleario era una cajita en que se guardaba los trozos de goma arábiga que servían para pegar sobres de cartas o poner el sello en seco.

Y cerramos nuestra investigación anotando lo que testó Matías Aguirre (29) entre sus pocos bienes:

Dos barras, una azuela, una pala de fierro, un azadón, dos sierras pequeñas, un hierro de herrar, una romana desbaratada, una tijera grande y un par de hebillas.

Conclusiones

Después de haber analizado más de 200 testamentos y mortuorias, documentos testimoniales fechados entre 1689 y 1851, tenemos un panorama bastante completo del fenómeno legal, religioso y social de lo acontecido antes y después de la muerte de los testadores.

Se observa un sometimiento a las leyes vigentes en lo relativo

al derecho sucesorio, sin dejar ningún cabo suelto que obstaculizara la posterior distribución de los pocos o muchos bienes a los pocos o muchos herederos.

Hay preocupación por señalar el estado civil del testador, el número de hijos tenidos en o fuera del matrimonio, fallecidos o vivos con sus nombres y el de sus mujeres. La necesidad de que los bienes se distribuyeran en la forma indicada los obligaba a nombrar un albacea, "persona encargada por el testador o por el juez de cumplir la última voluntad y custodiar los bienes del finado".

Las mortuorias se ejecutaban aunque no existiera testamentos, ya que los bienes debían ser inventariados para su distribución. Los procesos jurídicos que se producían a posteriori, debido a reclamos, problemas familiares o inexistencia de los bienes descritos, llevaban a litigios larguísimos que acumulaban muchísimos folios, para mantenerse dentro de las fórmulas legales establecidas.

También se relacionaban con la ley al tratar de proteger a los menores de edad poniéndolos, al morir sus padres, bajo el tutelaje de un "Padre de Menores", encar-

gado del Cabildo o la Audiencia para que velaran por su bienestar y la defensa de sus bienes, aunque parece que no siempre fueron eficientes, la ley trató de librar del desamparo a los niños.

Otra conclusión a la que se llega es el irrestricto respeto que la sociedad de la época tenía por la religión; se siente un constante temor piadoso ante la muerte, amparándose en la veneración de lo que significa la Divinidad, la Virgen, santos y ángeles, a través de expresiones concretas escritas y firmadas; revelándose así el alma popular en sus relaciones con la Iglesia, el culto y el ceremonial católico.

La tradición y control eclesial está presente en todo inicio testamentario, el condenado a muerte se ampara en la Iglesia y clama su protección; fuera de ella, en ese momento supremo estaría condenado de antemano a la perdición eterna; por eso se asegura por medio de misas y mandas forzosas, a la vez que ratifica que el poder eclesial es definitivo e insustituible.

No solo demuestran los testamentos respeto a la ley y la religión sino también a los semejantes que rodeaban al testador; a pesar

de ello no siempre fueron cordiales las relaciones párroco-feligres; muchos expresaron que sus donaciones no pasara a manos del cura por motivos fáciles de colegir; además, hay frecuentes referencias a las "prendas" que a cambio de dinero se entregaba a los frailes, quienes funcionaban como Caja de Préstamos o Montes de Piedad, aumentando así sus caudales particulares.

En el lapso de dos siglos que hemos situado nuestro estudio, no se notan cambios en costumbres ni leyes referentes al derecho sucesorio; las disposiciones, costumbres y tradiciones se mantuvieron inalterables, dando la sensación de que lo único que realmente cambiaba era lo vital por lo mortal, considerado por todos como "un hecho natural para toda criatura viviente". La existencia era un río tranquilo que transitaba por los pueblos; lo doméstico variaba solo a través de las estaciones sin prisa ni transformaciones violentas; salvo alguna movilización de carácter bélico que sacudía el status político colonial, hecho que incidió tangencialmente, ya que algunos testimonios señalan el perjuicio que ocasionaba el paso de tropas reales, en ganados vacuno, porcino y caballar, granos y cosechas a los

propietarios testadores.

Este estudio contribuye a desentrañar en algo la siempre oscura y específica situación de la muerte ante la ley, la religión y los bienes materiales en su relación con el hombre. Adentrarse en los caminos sugeridos o explícitos que contienen estos documentos, sirve para comprender mejor una época y los seres que la vivieron, sufrie-

ron, amaron y murieron hace más de doscientos años.

Fuentes consultadas

Testamentos y Mortuorias registrados en las Notarías Primera y Segunda de Otavalo, que reposan en el Archivo Histórico Regional del Instituto Otavaleño de Antropología.

1.	Miguel Almeida	1776	Caja 276
2.	Antonio Ortiz	1787	Caja 267
3.	Francisca Olmos	1815	Caja 126
4.	Juan Mantilla	1830	Caja 126
5.	Pedro Andrade	1837	Caja 126
6.	Matías Aguirre	1792	Caja 394
7.	José Morales	1804	Caja 394
8.	Antonia de Oñate	1780	Caja 276
9.	Gregorio Quinteros Ruiz	1820	Caja 126
10.	José Mármol de la Torre	1817	Caja 394
11.	Manuel León Arias	1825	Caja 394
12.	Jacinto Jara	1805	Caja 394
13.	Casimira Bolaños	1834	Caja 394
14.	Susana Figueroa	1811	Caja 394
15.	Josefina Manosalvas	1811	Caja 394
16.	Mariano Muriel	1834	Caja 126
17.	María Cutucuamba	1848	Caja 397
18.	Vicente Hidalgo	1810	Caja 394
19.	Luisa Ortiz y Vargas	1821	Caja 394
20.	Josefa Sáenz de Viteri	1822	Caja 126
21.	José de Vinueza y Villamarín	1811	Caja 394
22.	Felipe Rosales	1817	Caja 394
23.	María de los Reyes Aldana	1842	Caja 397
24.	José López	1825	Caja 126

25.	Manuela Cáceres	1836	Caja 126
26.	José Cevallos	1841	Caja 397
27.	Rosa Guzmán	1818	Caja 394
28.	Nicolasa de la Guerra	1825	Caja 394
29.	Matías Aguirre	1792	Caja 394
30.	Vicente Portillo	1811	Caja 394
31.	María Jacinta Espinosa	1807	Caja 394
32.	Rosa Jaramillo	1851	Caja 397
33.	María Albuja y Aráuz	1839	Caja 126
34.	María Quiteria Velasco	1849	Caja 397
35.	Francisco Gramal	1822	Caja 394
36.	Baltasar Rodríguez	1821	Caja 394
37.	José Recalde	1851	Caja 397
38.	Antonio Jaramillo	1845	Caja 397
39.	Rosa Gómez	1846	Caja 397
40.	Eusebio de Erazo	1808	Caja 394
41.	Antonio Donoso	1808	Caja 394
42.	Juana Velásquez	1801	Caja 277
43.	Joaquín Venalcázar	1825	Caja 126
44.	Juan Correa	1810	Caja 394
45.	María Jacinta Espinosa	1807	Caja 394
46.	María A, de Rivadeneira	1797	Caja 277
47.	Juana Figueroa	1811	Caja 394
48.	Ramón Fuentes	1844	Caja 397
49.	Antonio de Castro	1780	Caja 276
50.	Luis Tobar	1792	Caja 277
51.	Rafael Maya	1840	Caja 397
52.	Damián López Serrano	1689	Caja 276
53.	Manuela Castelo	1833	Caja 397
54.	Fernando Chiriboga	1810	Caja 276
55.	Manuel Estévez Mora	1850	Caja 397
56.	José Vinueza	1822	Caja 394
57.	Mariano Ponce	1797	Caja 277
58.	San Félix, Alvaro, Monografía de Otavalo, Tomo 1, IOA, Ed. Nuestra América, 1988, cita en la pg. 231 al Archivo Nacional de Historia, Esclavos, Caja 14, N° 6.		
59.	Manuel Ponce	1843	Caja 397